

La Ilustración Artística

Año XXX

← BARCELONA 16 DE ENERO DE 1911 →

Núm. 1.516



PEQUEÑO PESCADOR, cuadro de Manuel Benedito

Forma parte el hermoso lienzo que publicamos de la interesante colección de estudios de cuadros de costumbres y tipos holandeses que produjo el distinguido pintor durante su estancia en aquel país, dando con ellos una nueva muestra de su espíritu observador y de sus estimables cualidades artísticas.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Cómo acabó el idilio*, por Tomás Orts-Ramos. — *Una niña de oro*. — *Londres. Asedio de una casa de anarquistas*. — *Valencia. Una fiesta infantil. La campaña del arbolado en Canarias*. — *El feminismo y la Academia de Francia*. — *Luis Knaus*. — *Barcelona. Un gran partido de foot-ball*. — *Carrera ciclista*. — *Lo que puede el amor* (novela ilustrada; continuación). — *El «round» que jamás olvidaré*. — *Magníficas pinturas descubiertas en Pompeya*.

Grabados.—*Pequeño pescador*, cuadro de Manuel Benedito. — Dibujo de Luisa Vidal, ilustración del cuento *Cómo acabó el idilio*. — *Florista valenciana*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *El dorado* (lámina). — *Londres. Asedio de anarquistas* (dos fotografías). — *Valencia. Reparto de juguetes*. — *Pantomima*. — *D. Francisco González Dlaz*. — *La fiesta del árbol*. — *La señora de Curie*. — *Eduardo Brandy*. — *El horizonte siempre nuevo*, cuadro de L. Alma Tadema. — *Sagrada Familia*, cuadro de L. Knaus. — *Luis Knaus* — *Medalla*. — *El ciclista Sr. Masdeu*. — *Barcelona. Equipo «United Hospitals»*. — *Tommy Burns*. — *El «match» Johnson-Burns*. — *Sam Langford*. — *Pinturas descubiertas en Pompeya*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me asocio á los lamentos de Jacinto Benavente en el *Imparcial*, acerca de las formas que adquiere aquí la admiración, ó por lo menos la celebridad, y la curiosa idea que se tiene de las facultades mentales de aquellos á quienes se admira.

No es ahora, aun cuando ahora lo exteriorizo nuevamente bajo la impresión del artículo á que aludo, el momento, en que se me ocurre que aquí, el haber escrito algo que ha gustado ó que ha fijado la atención de nuestros contemporáneos, es como un diploma de estupidez, en el resto de las relaciones de la vida.

La gente establece una separación: sois muy apto, quien lo duda, para eso, para crear el libro, la novela, el cuento, el drama; pero sois más tonto que un hilo de uvas; para lo que cualquier tonto quizás no lo sea. Se os puede engañar como á un chino, llevar de la nariz como á un bolonio, dar toda clase de timos como á un paleta, y, además, por el hecho de haber entregado á las prensas un parto de vuestro ingenio, estáis obligados, perpetuamente, á convertirlos en consejeros, guías, protectores, salvadores, banqueros y agentes de negocios de toda la especie humana, ó al menos de una gran parte.

Porque tenéis vuestras ideas propias, se empeñan en que recojáis, patrocinéis y realicéis las ajenas; porque tenéis llena la vida con vuestra labor y vuestro interés, suponen que vuestro tiempo no os pertenece, sino á quien lo quiera usufructuar; porque vuestro trabajo os produce una pequeña cantidad de dinero, entienden que debéis repartirlo con quien se acerque á vuestra puerta gimiendo necesidades verdaderas ó ficticias; y, porque en el ejercicio de vuestra profesión literaria habéis conocido á este ó aquel personaje, dan por hecho que habéis de emplear, colocar y favorecer á todo el que os lo pide, sin más títulos que su autojo.

Benavente dice que no está dispuesto á creer en ninguna protesta de admiración, como no la acompañe un billete de mil pesetas. Sin ir tan lejos como el célebre dramaturgo, declaro que no creo, ni creería aunque fuese mucho más cándida de lo que soy, en la admiración que pidé destinos, dinero ó cosa que lo valga.

Tiene Benavente más razón que un santo: los admiradores deben hacernos grata la vida, en vez de amargárnosla con molestias y exigencias y queriendo sacarnos el jugo. Y si la admiración adopta esta forma, sin género de duda hay que exclamar, con el autor de *Los intereses creados*, que vaya enhoramala.

Yo no sé lo que sucederá en los países del Norte donde los escritores, después de su muerte, tienen quien siembre grano sobre su tumba, para que acudan á ella las avejillas; aquí son los gorriones los que, en vida, quieren comerse á las águilas, — y conste que lo de águila no lo digo por mí, sino por D. Jacinto.

El correo os trae, generalmente, por cada dos cartas que responden, no digamos á admiración, pero siquiera á interés literario, á algo de simpatía por lo que se piensa ó se escribe, ocho ó diez de peticiones. Las cartas urgentes lo son siempre..., para el que las envía. Puede aplicárseles la anécdota que se refería de D. Ramón María Narváez, duque de Valencia.

Cuando este prócer ocupaba la poltrona presidencial, seguía á todas partes, como su sombra, un obstinado pediguño. Escualido, sombrero en mano, vestido con penuria, el postulante se presentaba á la puerta de todos los edificios donde sabía que el presidente del Consejo de Ministros por fuerza había de entrar. Y, apenas se apeaba D. Ramón del coche, tenía que desviar á aquel mosca, que repetía en tono plañidero:

— ¡Señor! Juan Pancorvo, cesante, casado, con siete hijos...

A fuerza de sufrir el acoso, acabó el presidente por habituarse, y ni aun alzaba los hombros cuando resonaba la salmodia. Entonces, el postulante adoptó otra táctica. En vez de intervenir en la vida oficial de D. Ramón, se dedicó á estorbarle en la privada. Siempre que el presidente, buscando el incógnito é impulsado por su condición de *vert-galant*, se deslizaba furtivo hacia alguna calle donde moraba alguna dama hermosa, no enteramente dueña de su persona y á la cual no se debía comprometer, detrás del general iba la silueta grotesca del cesante, y, al revolver de la esquina, surgía con la cancamurria habitual:

— ¡Señor!, Juan Pancorvo...

Narváez, como nadie ignora, tenía poco de sufrido. Dió una orden á la policía, y la historia no refiere si Juan Pancorvo recibió en las costillas alguna advertencia saludable. El cesante era de los que profesan la máxima: «Da, pero escucha», y no renunció á su empeño, antes buscó una treta para llegar á su fin.

Una noche, dormía Narváez como un bendito, cuando le despertó su ayuda de cámara, despavorido, pidiendo perdón y alegando que estaba allí un individuo que quería revelar al presidente del Consejo una cosa urgentísima y de suma importancia.

Narváez gruñó, pero no reprobó la conducta del criado. Se hablaba mucho, aquellos días, de peligrosas conspiraciones, de complots tenebrosos contra la vida de la reina y de Narváez mismo. Los carbonarios italianos podían haberse entendido en Madrid con los «eternos enemigos del orden...» Y, como el duque era bravo, ni se le ocurrió un momento que tampoco la prudencia aconsejaba recibir, á las tres de la madrugada, á un desconocido. Ordenó que subiese el que fuera.

Sabida la fogosidad y el geniazo de aquel hombre ilustre, tampoco habrá que decir cuáles fueron los vocablos que disparó al escuchar el consabido:

— ¡Señor!, Juan Pancorvo...

— So sinvergüenza, gritó Narváez dándole un empujón, no sé como no le mato... ¿Era esta la urgencia, la importancia que usted traía?

— ¡Señor, repuso el infeliz, medio arrodillado, y le parece á vuecencia poco urgente que yo me muera de hambre?

Acabó el duque por reirse, mal de su grado, ante la ridícula aventura, y, por quitarse de encima á Juan Pancorvo..., le dió una buena breva... Claro es que á cada cual le urge lo que le urge. Sólo que el clásico cesante, que acabó por triunfar de D. Ramón, al menos no le representó la comedia de la admiración profunda.

Esta comedia, que indigna á Benavente, es desconrazonadora, pero además, es pueril. No me parece fácil que ni aun los novatos traguen ese anzuelo. Y sin embargo, nos lo presentan todos los días, á los perros viejos del oficio.

En Carnavales, en Navidades, el día del santo, las murgas y tunas nos ofrecen serenatas..., si las queremos pagar; serenatas admirativas, que salgan de nuestro bolsillo; auto-serenatas, en fin. Desde países lejanos — y realmente, desde presidios españoles — nos quieren dar el timo del entierro, — ¡nosotros, novelistas, maestros en la invención! — Casos aislados de intentar sorprender nuestra mala fe, se podrían referir muchos y muy divertidos. Citas para sitios donde se nos ha de revelar un gran secreto, ofrecimientos de participación en espléndidos negocios, revelaciones sensacionales, en resumen, ¡toda la lira!

¡Y algo más humillante! Insinuaciones de mal género por obtención de cargos, lo mismo que si fuésemos la célebre doña Inés, la que vendía las gracias y favores de un monarca... ¡Miseria, miseria!, habría que repetir, aun en medio de cierta compasión que involuntariamente infunden estos *admiradores*...

En cierta ocasión, hubo uno, persona para mí absolutamente desconocida, y penado por asesinato, el cual, enviándome un *factum* de su historia, me anunció que, teniendo una hija que iba á quedarse sola en el mundo, me la remitiría para que le sirviese de madre. Al anuncio acompañaba el retrato de la niña. No se trataba de que yo la protegiese, la colocase en un colegio de los que sostiene la caridad, ni cosa parecida: el caso era que la criatura había de habitar en mi casa, con mis hijos, como uno más, y hemos concluido. La carta terminaba así. «Esto, que para usted es tan fácil, para mí representaría un beneficio inmenso.»

Yo me figuré que no se me tachará de descortés, ni cosa que lo valga, si digo que dejo la inmensa mayoría de estas postulaciones sin respuesta. Es buena educación el contestar á los que nos escriben; convenido. Sólo que, por cima de la buena educación, está la necesidad. Y á lo imposible, dicen los escolásticos, no está obligado nadie.

Ya se huelen los corresponsales que algo así puede suceder, y se previenen, ó incluyendo papeles que exigen devolución, ó anunciando un giro contra nos-

otros, por la suma con que entienden que estamos obligados á contribuir. En fin, que no hay estratagemas á que no recurran estos demonios de admiradores.

Debe de haber, ó mejor dicho hay, mucha gente necesitada. Las causas de un estado social en que tantos procuran vivir á cuenta de otros, serán de ciertos complicadas y atañerán á la economía política y á otras ciencias. No sé si es que el trabajo anda mal retribuido — me inclino á creer que las retribuciones son, en general, suficientes — ó que no se trabaja, ó que no se sabe vivir con lo que se gana, ó que se prefiere emplear arbitrios y esperar del azar lo que no da el sudor... Es lo positivo que, según voces cada día confirmadas, la miseria es espantosa, y no hay caridad, no hay beneficencia, no hay socorros que llenen su abismo.

El actual gobernador de Madrid, Fernández Latore, que anunció que se proponía extinguir la mendicidad, parece ya fracasado en su intento, á pesar de disponer según leo hoy en la prensa, de cuantiosos donativos y de ropas que la reina le facilitó. En las calles no hemos dejado de sufrir el asedio de los mendigos, vergüenza de Madrid. Todo se ha quedado, lo mismo que otras veces, en aparatosos planes, sin fruto. ¿Será realmente imposible limpiar á la corte de esta roña? ¿Cómo hicieron en Sevilla, donde se ha conseguido?

Realmente, el estado de ánimo de una persona buena y caritativa, ante estos fracasos continuos, ante lo estéril de las contribuciones voluntarias á la acción oficial, es contradictorio. De una parte, le dicen, que no dé limosna en la calle; que ese óbolo que había de soltar en la diestra de algún borracho ó de algún simulador, lo consagre á auxiliar los esfuerzos de alcaldes y gobernadores. Por otro lado, ve que estos esfuerzos nada remedian y á nada conducen. Y he aquí que no se sabe qué hacer, ni á qué carta quedarse. El que da, quiere efectos positivos de lo que ha dado. De otro modo, la desconfianza surge. Se supone que los donativos se emplean más bien en crear plazas retribuidas para ejercer otro género de beneficencia con amigos y correligionarios, que en atender á lo esencial del programa. Y aunque esto no sea verdad, el que se lo imaginen basta para enfriar completamente los impresionables ánimos.

La única solución que entonces se presenta, es la del individualismo; la solución anárquica, antisocial, que se adopta en los países mal administrados, donde lo oficial no inspira nunca tranquilidad bastante. Y esta solución consiste en que cada cual, por su parte, hace lo que puede, protege, en el límite de sus medios y su voluntad, á los pobres que conoce y que sabe que no son industriales de la mendicidad, como los que en la calle no nos dejan vivir ni cambiar cuatro palabras con un amigo.

Es lástima que no se pueda llegar á arreglar este asunto de un modo eficaz. Por que el pueblo de Madrid es caritativo, da con generosa rapidez y siempre se halla dispuesto, no sólo á prodigar el metálico, sino á interesarse en la suerte de los desheredados y mendigos. La mendicidad no ha llegado jamás á ser antipática al madrileño. La ha aceptado con buen humor español, con festiva calma, con una piedad, no romántica ni mística al estilo ruso, sino rebosando la alegre indulgencia que aquí se ha manifestado para los pícaros y para el hampa. Cada pueblo tiene su psicología; la nuestra no es excesivamente sentimental. No por eso hay que creer que seamos peores que otros.

Ha sido necesario que la mendicidad adquiriese las proporciones de verdadera plaga para que se alzase una protesta contra ella. Si se hubiese contenido en límites moderados, un encogimiento de hombros y la mano alargando la moneda hubiese sido el comentario único. Adquirió proporciones alarmantes la reunión del pordioso callejero y del sabieo á domicilio, y acabaron por impacientarse los más tranquilos y fatalistas habitantes de la villa y corte. Resonó la frase desesperada: «Esto no es vivir.» Y los alcaldes, los gobernadores, las señoras, Palacio, convinieron en que era preciso intentar algo, poner dique á la marea...

No es tan fácil hinchar un perro, que dijo el loco de Cervantes. Y aquí estamos, en mitad del invierno, con la batalla perdida, con los pobres en racimo tan pronto como pisamos la calle, con el buzón atestado de cartas que postulan, con un incesante grito en los oídos que repite — ¡Miseria, miseria! — y acordándonos, involuntariamente, de aquel tiempo en que el pueblo cantaba:

«Id, pobres, á San Francisco
sin recelo á pedir pan,
que en cinco puertas lo dan...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



No hay vida de hombre que no contenga una novela.
No había de ser la de Lorenzo una excepción.

mí beatamente, para ella entre crisis hoy de apasionamiento, mañana de displicencia, hasta que sobrevino el instante por mí tan temido.

—¿No te acuerdas que me dijiste que no leyera aquel libro porque no lo entendería?
—Es porque seguramente preferiría yo en aquel



Ven pues á mis brazos

Y esa novela que hay en todas las vidas, toma siempre el carácter del hombre que la ha vivido.

Los hechos nunca son dramáticos, trágicos, ni festivos; son siempre hechos naturales y lógicos, pero en los que para unos hay drama, para otros tragedia y para los de más allá comedia, todo según el temperamento del actor.

A Lorenzo se le antojaba trágico aquel idilio desde el comienzo al fin, y, como una verdadera tragedia de su vida, en más de una ocasión se la he oído referir.

—No debía quererla y la quise, decía él. ¿Cómo y por qué?

Del amor tengo yo una idea que pareciéndome la más exacta, me sorprende que no sea la corriente.

Yo debí querer á Nena porque algo vi en ella, después de gustarme, que me hizo suponer que en su corazón prendería mi amor. Porque eso opino yo: no se ama sino á la persona de la cual creemos que podemos ser amados.

Los amores imposibles se convierten en tales, generalmente, después de un período en el que se aprecian con todas las posibilidades. Cuando esto no ocurre es que se trata de amantes enfermos, atacados de cualquier forma de erotomanía.

Yo debí amar, pues, á Nena, porque observé en ella que mi amor no la desagradaba. Pero como ese amor me estaba vedado, yo me esforcé en negármelo á mí mismo y entre nosotros se creó un estado que, sin mediar palabras ni acto revelador, era el de dos verdaderos enamorados.

Yo sumiso, ella tornadiza, los días pasaban para

Ocurrió como ocurren las cosas más trascendentes en la vida, provocado por una nimiedad á la cual quedó encadenado nuestro destino.

Era un domingo...

Yo que espiaba en su cara, en aquella carita picaresca, mofletuda y chatilla, pero tan llena de gracia que un minuto en su contemplación daba un mes de alegría; yo que espiaba en su cara de chiquillo malicioso hasta el gesto más tenue para deducir por él la suerte que en aquel día me tenía el sino deparada, la vi amanecer un domingo, me acuerdo perfectamente, un domingo era, torcido el mirar, hociudada y airada, con aquel continente de hostilidad que en ocasiones me hacía sospechar si mi deliciosa adorada no tendría en el fondo, tal vez muy profundo, de lo que yo siempre he creído su alma blanca, un sentimiento de perversidad, que al removerse á veces enturbiaba hasta su misma belleza de mujercita sana, de panterita joven en la que la felinidad era precisamente su mayor encanto.

—¿Te pasa algo, Nena?, me atreví á preguntarla.

—No, nada, me contestó desabrida.

—¿Quizás te he ofendido en algo sin pensar?, insistí sumiso, provocando su enojo por el solo placer de aplacarlo con esas mil vilezas que yo cometía con tanto gusto.

Permaneció un rato silenciosa, como si buscara en su memoria una causa de su enfado.

—Es que anoche, exclamó al cabo, me llamaste tonta.

—¿Anoche? ¡No recuerdo!, le respondí perplejo, pues en realidad no lo recordaba.

momento que hablásemos.

—¿Qué va, viejo, es que tú crees que yo soy boba!

—¡Si te tengo por una criatura inteligentísima! En fin, sea como fuere, yo te suplico que me perdones. ¿Me perdonas, Nena?

—Bueno, sí, te perdono, dijo, no tan sólo perdonándome de aquel delito imaginario que había inventado para justificar su injustificable arrebato, como porque ya ni siquiera recordaba que lo hubiera tenido; que así era ella de móvil y variable.

Y seguimos hablando.

Era un domingo... Nos hallábamos solos...

Yo no sé si tú sabes el respetuoso temor que embarga el alma de un verdadero amante al hallarse á solas con el objeto de sus ansias. Yo no sé si tú conoces la pugna de dos impulsos: el de uno instintivo, brutal, que todo lo quiere arrollar, y el de otro consciente, sentimental, que no desea más que adorar...

Agrega que el amor de aquella mujer era para mí un amor vedado...

Seguíamos charlando y estábamos solos en aquel atardecer de un domingo...

Yo recordaba que en otro día como aquél y en otra hora como aquélla, en un momento de intimidad, de voluptuosidad y de extravío, mis manos inconscientes se habían apoderado de las suyas, que comenzaron acariciando y acabaron mis labios por besar...

Yo recordaba aquello y quise abroquelarme contra toda tentación...

¿Cómo pudo ser que en este día mi beso se posara en su nuca?..

¡Oh la turbación, la divina turbación de sus ojos, tras de aquel rápido y memorable contacto!

¿Y qué pasó luego?, tienes derecho á preguntar.

Noches en vela, días sin sosiego tratando de conciliar lo inconciliable, porque no es verdad que el amor redima del pecado; y tras una lucha titánica entre el deber y el deseo, el triunfo de aquél sin el aniquilamiento de éste.

Yo la amaba demasiado para hacer de ella una amante pasajera, y no podía hacerla mi esposa.

Decidí, pues, huir de la Habana, porque todo esto en la Habana pasaba.

Un día, cuando ya consideré inminente la caída, si antes no oponía el último remedio, me dirigí á su casa; y como la casualidad suele ser á las veces piadosa, quiso en aquella ocasión que hallase á solas á la adorable Nena.

—¿Tú me permites un rato de descanso, me preguntó al llegar á este punto el narrador, pues sin yo poderlo remediar me ahoga la emoción?

—Todo el tiempo que quieras, le repuse.

Y cuando más tarde reanudó su historia, vino en síntesis á relatarme esto.

Como su amor por Nena era inmenso, así empezó aquel diálogo trágico y final:

—Nena, yo necesito apelar á tus mejores sentimientos; yo necesito tu promesa de que me has de entender... Es absolutamente preciso que me digas que tienes todas las certezas de mi amor..., y así, únicamente así, podré yo hablar...

Nena, un hermoso capullo de mujer, con todos los encantos y todos los prestigios que hacen de la cubana la más deliciosa y más exquisita de las españolas, un tanto sorprendida de la gravedad del tono y la gravedad del aire del amado, preguntó perpleja:

—¿Qué me vas á decir?

—Algo de una trascendencia enorme para mí.

—Dime, dime pronto, me tienes en ascuas.

—Me marcho, Nena.

—¿Te marchas? ¡Qué va, viejo, tú no te puedes marchar! ¿Y yo?

Y una vez más, la ingenua, ajena á las complicaciones de la vida y del alma humana, se negaba á aceptar la existencia de otras realidades que las de sus propios impulsos. Si la amaba él y ella le quería, ¿cómo y por qué se había él de marchar?

—¡Ah, mi pobrecita Nena! ¿Cómo decirte que hay felicidades vedadas á un hombre de honor?

—No te entiendo, no quiero entenderte... ¡Debe ser muy horrible lo que me quieres decir! Pero tú no te marchas, ¿verdad?, replicó aferrada á una dicha que instintivamente veía amenazada.

—Yo te quisiera Nena, en este trance, con una fortaleza á la altura de tu amor; y que descubrieras en mis palabras lo que ellas mismas no te podrían decir. ¿Es posible expresar que te abandono porque te adoro y no quiero dejar de ser digno de tu pasión? Si tu cariño por mí y mi cariño por ti fuese obra de la seducción, si tú y yo no hubiésemos luchado contra él, esta huida me llenaría de remordimientos; ¿pero sabíamos nosotros, hasta hace unos días, con el amor que nos amábamos? ¿Su revelación no brotó á pesar nuestro? Pues bien Nena, rehagámonos después de una momentánea debilidad; vuelva yo á ser para ti el hombre que fui hasta aquel instante y tú para mí la almita fuerte, sana é ingenua, que yo en secreto adoraba lo mismo que admiraba. No rompamos el hechizo, Nena; y que no termine en una vileza este idilio cuya memoria tantas dulzuras puede darnos en lo porvenir. ¿Me has comprendido Nena?

—Sí, viejo... Tienes razón, replicó la niña domando el ansia de llorar que agitaba su seno.

—¿Y quieres que me vaya?

—Sí, vete.

—Ven pues á mis brazos, y que este beso postremo nos dé la dicha á que voluntariamente renunciamos.

Horas más tarde, de las que fueron las postreras en la ciudad, apenas conservaba memoria.

Las evoluciones del trasatlántico en la bahía, la docena de amigos que le habían despedido en la Machina, las frases de afecto, las recomendaciones, todo pareció anonadarse en el no ser, para dar más fuerza á una sola idea, á un solo pensamiento: á qué alguien

que él había considerado sus delicias, todo lo que había sido su ilusión. ¡Pobre él y pobre Nena!

Una gran piedad por sí y por ella se apoderó de su alma y mientras melancólicamente se apartaba de la borda donde hasta entonces había permanecido como clavado, fija la vista en el punto del horizonte en donde la ciudad había desaparecido, el buque como una fuerza fatal, como una fuerza inconsciente, como son las fuerzas que nos conducen al cumplimiento de nuestro sino, fué internándose más cada vez en el misterio de un mar del que al infortunado no le era dable prever las orillas.

TOMÁS ORTOS-RAMOS.

(Dibujo de Luisa Vidal.)



Florista valenciana, cuadro de Joaquín Agrasot. (Salón Parés)

le había dicho que desde la noche anterior Nena no había cesado de llorarle.

¿Tenía él derecho á permitir que corriesen aquellas lágrimas y las que su corazón sangraba?

Por un momento algo en el fondo de su ser se rebelaba ante aquel sacrificio que ahora se le antojaba estúpido.

¡Realmente, alguien lo había dicho y tenía razón, la vida era una cosa muy rara!

¡Tanto afán por la dicha, tanta lucha por la felicidad, y en el preciso instante de alcanzarlas renunciar á ellas, era cosa que en aquel momento no comprendía cómo había sido posible que ocurriese.

Pero había ocurrido, y el transatlántico apartándose cada vez más de aquellas costas hacía imposible toda duda.

Sí, él, Lorenzo, huía de su dicha, y allí quedaba Nena Clemente, la adorable niña, la dulce mujercita que con la ofrenda de su amor le había ofrendado la ventura...

Cuando en un momento de reposo de su pensamiento levantó los ojos, la Habana se había desvanecido...

Definitivamente allá quedaba «aquello.» Todo lo

ter Doolete, cuyo retrato publicamos en la lámina de la página siguiente se negó, no hace mucho, á vender su participación por medio millón de libras esterlinas, es decir, por doce millones y medio de pesetas.

Afortunadamente para los actuales explotadores de los yacimientos auríferos australianos, han pasado aquellos tiempos en que la conquista del oro era tan difícil como peligrosa ya sea por la carencia absoluta de vías de comunicación y por los rudimentarios medios de que para la explotación disponían, ya sea por las encarnizadas y bárbaras luchas que por la posesión del precioso metal se entablaban de continuo entre los aventureros, que allí iban sin más afán que el de enriquecerse á toda costa. Hoy los mineros, no sólo pueden beneficiarse tranquilamente de sus minas, sino que además cuentan con todos los recursos que la ciencia y la civilización han puesto á su alcance y con los capitales necesarios para sacar del negocio el mayor provecho.

El ferrocarril y el automóvil les dan facilidad de comunicaciones y transportes y la ingeniería les provee de las máquinas y de los instrumentos más perfeccionados.—T.

UNA NUEVA MINA DE ORO

EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL

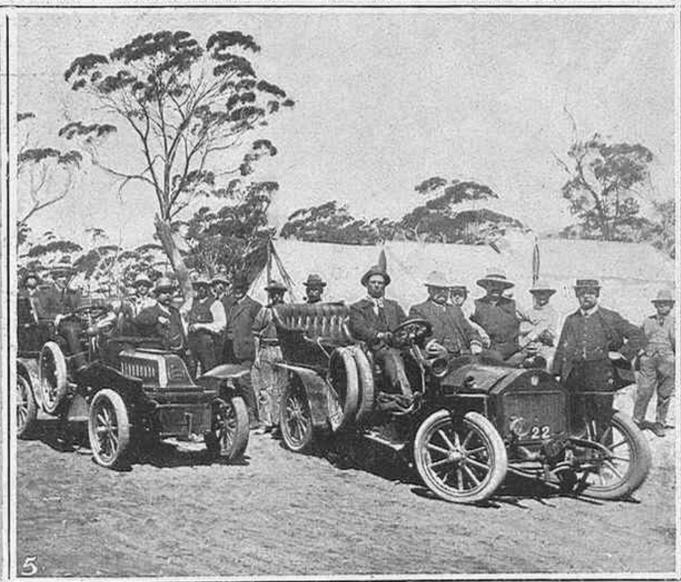
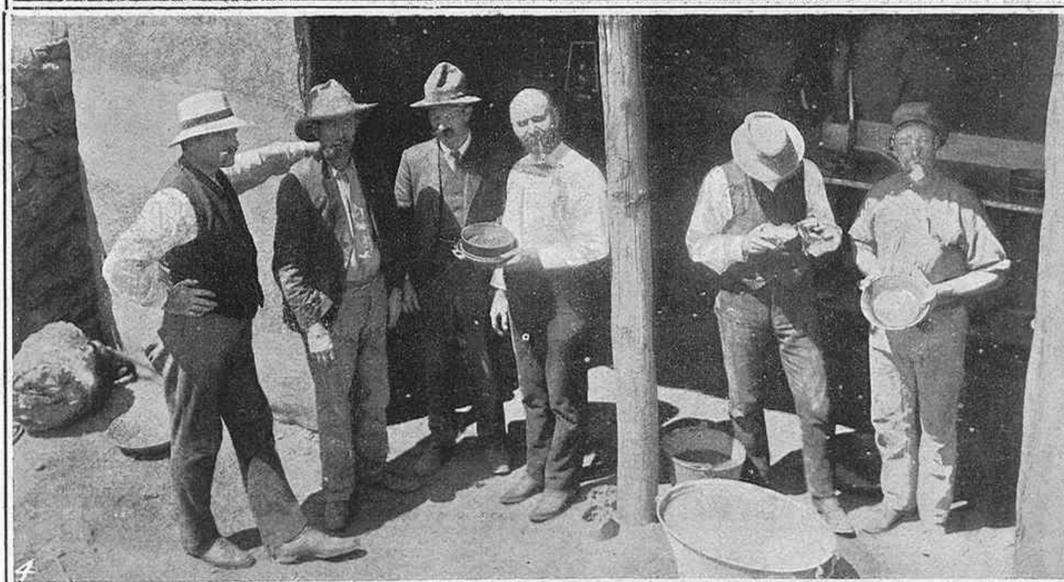
La Australia es el país más rico en oro que se conoce y desde que en 1839 el conde de Strzelecki encontró el primer silicato aurífero y sobre todo desde que en 1844 Murchison dió á conocer la existencia de tan precioso mineral en aquellas montañas, acudieron allí millares de aventureros que, en poco tiempo realizaron inmensas fortunas.

A pesar de lo muy explotada que ha sido aquella riqueza, aún guarda el suelo australiano inmensos tesoros que poco á poco se van descubriendo; así en octubre del año pasado el primer ministro de Australia habló con mucho entusiasmo de un nuevo yacimiento de oro que últimamente se había encontrado á unas veinte millas aproximadamente de Southern Cross y dijo á propósito del mismo que una vez confirmada la exactitud de los datos que acerca de él habían proporcionado las primeras informaciones se presentaría en el Parlamento un proyecto para la construcción de un ferrocarril hasta la mina de Bullfinch (Bubrelo) que así se llama.

Además se llevarán aguas desde Southern Cross hasta la mina y se levantará junto á ella una nueva población, habiéndose vendido en pública subasta, por 25.000 libras esterlinas los solares para la edificación de las sesenta y cuatro manzanas de que constará el futuro pueblo.

Según las últimas noticias, el proyecto del nuevo ferrocarril ha sido ya aprobado por ambas cámaras de la Australia Occidental.

Para que se comprenda lo que sus propietarios esperan sacar de la explotación de la mina, bastará decir que uno de ellos, mis-



1. - Representación de uno de los pozos primitivos, hoy centro del campo de oro.

2. - Sacos conteniendo ganga preparados para el transporte.

3. - Sitio de donde arrancará un ferrocarril, desde la mina del Bubrelo. Vista de ésta á distancia.

4. - Separando el oro en las gamellas. A la extrema izquierda vese á Mr. Doollette, que ha rehusado medio millón de libras por su participación en la mina.

5. - El progreso moderno en el campo minero del Bubrelo. Expedicionarios en automóviles que visitan la mina recientemente descubierta.

(De fotografías de A. Hatch, Perth, Australia.)

LONDRES.—ASEDIO DE UNA CASA DE ANARQUISTAS

A fines de noviembre último la policía londinense, sabedora de que en una casa de Exchange Buildings, del barrio de Whitechapel, se albergaban algunos individuos sospechosos cuya extraña conducta tenía alarmados á los vecinos, quiso proceder á su captura. Ante la negativa de los perseguidos de abrir la puerta, hubo de ser ésta derribada, mas al penetrar los polizontes en aquella mansión fueron recibidos á tiros; tres de ellos murieron en el acto y otros dos fueron gravemente heridos. En cuanto á los criminales, diéronse inmediatamente á la fuga en medio de una lluvia de balas que los agentes que aún quedaban con vida pudieron dispararles.

Registrada la casa, encontráronse en ella toda clase de instrumentos propios para robos y dinamita, y se descubrió una galería subterránea que iba hasta una joyería, que indudablemente se proponían robar los sospechosos inquilinos de aquella.

Poco tiempo después la policía logró descubrir á uno de los asesinos en una casa de Grove Street; yacía en la cama, lleno de heridas y falleció á los pocos momentos de ser descubierto. En un cuarto contiguo fué detenida una mujer que se disponía á quemar varios papeles y cartas, la lectura de las cuales demostró que se trataba de una pandilla de anarquistas peligrosos.

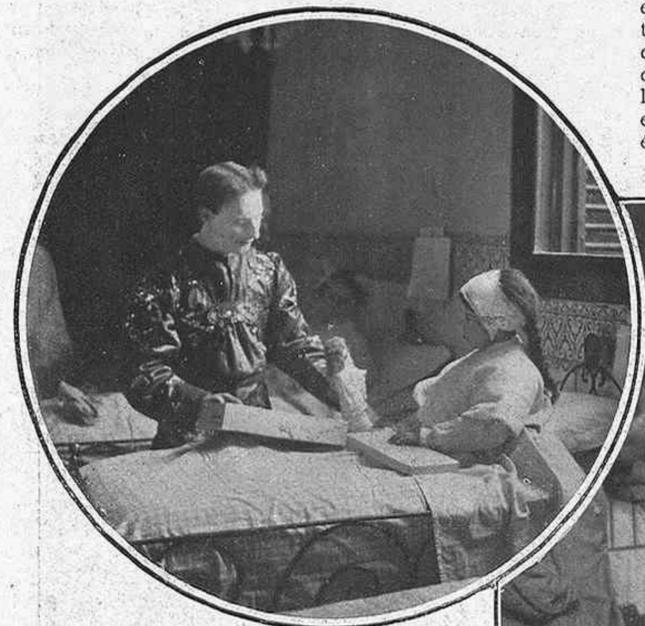
Prosiguiendo sus investigaciones, la policía llegó á conocer el domicilio de los cómplices del muerto de Grove Street, una buhardilla de la calle de Sidney Street, y quiso á toda costa apoderarse de los



El ministro del Interior, Mr. Winston Churchill, escuchando las explicaciones de la policía

criminales. Para ello, después de haber aislado hábilmente la casa en donde éstos vivían, comenzó un asedio en regla del edificio, que fué cercado por ochocientos agentes armados, reforzados por fuerzas de la guardia escocesa y cuatro piezas de artillería. Entre los sitiados, que se supone eran solamente dos, y los sitiadores libróse una verdadera batalla en la que se cruzaron miles de disparos y de la que resultaron heridos de más ó menos gravedad varios agentes; durante aquella lucha, acudió al lugar del suceso el ministro del Interior, Mr. Winston Churchill, quien se informó detenidamente de cuanto ocurría y expresó su deseo de que fuesen capturados vivos los dos anarquistas.

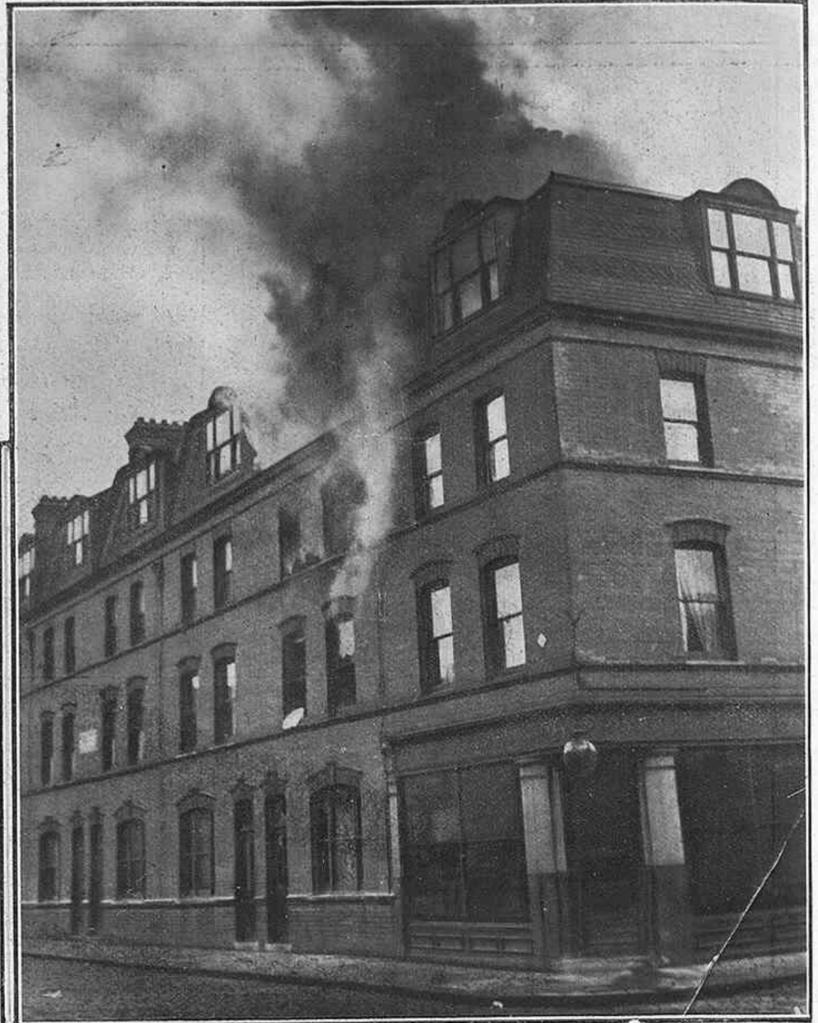
De pronto, comenzó á salir de la casa asediada una espesa humareda; acudieron los bomberos para sofocar el incendio, pero no pudieron acercarse al edificio porque los sitiados continuaban haciendo fuego en todas direcciones. Al cabo de una hora, las llamas habían invadido toda la casa, que al poco rato estaba convertida en un montón de ruinas. Entre los escombros encontráronse los cadáveres carbonizados de los dos criminales. Creyóse en un principio que uno de éstos era el del ruso llamado



Valencia.—Reparto de juguetes á los niños enfermos

Pedro el Pintor, á quien se considera como uno de los más temibles nihilistas refugiados en Londres y como el principal autor de la primera agresión contra la policía que dió lugar á todos los acontecimientos que dejamos relatados; pero la información practicada ha desvanecido esta creencia, si bien ha puesto en claro que de todos modos los dos muertos eran dos peligrosos anarquistas.

La policía de Londres no desconfía de encontrar al tal Pedro, á quien activamente persigue; para ello ha puesto en juego todos los



Incendio de la casa en donde se defendieron los anarquistas y que fué asediada y atacada por la policía (De fotografías de L. N. A. Photo.)

poderosos medios de que dispone, pues tiene en ello empeñado su honor. El suceso de Sidney Street ha sido, como se comprenderá, objeto de grandes comentarios y ha determinado una vigorosa campaña de todos los elementos de orden, para que Londres no continúe siendo el centro en donde el anarquismo universal encuentra hospitalidad segura y puede, en la mayor impunidad, preparar sus atentados y desenvolver sus planes de destrucción.

VALENCIA.—UNA FIESTA INFANTIL EN EL HOSPITAL

Organizada por el Círculo de Bellas Artes de Valencia celebróse hace pocos días en el Hospital provincial de aquella ciudad una fiesta en extremo simpática, consistente en el reparto de juguetes entre los niños enfermos y en la ejecución de una pantomima cómica representada por los graciosos clowns Goro y Eduardini, del teatro de Apolo, y de varios ejercicios de «diavolo» por la señorita Lefevre.

Ocioso es decir el contento con que los enfermitos, en número de sesenta y cuatro, recibieron los juguetes, y el regocijo que les produjeron las gracias de los payasos.

La comisión organizadora y las personas invitadas, después de cumplir en la sala de niños la meritoria misión que se habían impuesto, pasaron á la Inclusa, en donde distribuyeron sonajeros y otros juguetes apropiados á aquellos pequeñuelos y en donde también lucieron su gracia los citados clowns.

Después recorrieron las restantes salas del hospital, repitiéndose en todas ellas el divertido espectáculo, y siendo los hombres obsequiados con cigarros.

La fiesta, nueva en España y muy generalizada en el extranjero, resultó tan amena como culta y valió entusiastas plácemes al Círculo de Bellas Artes y muy particularmente á su presidente Sr. Fillol, á su secretario Sr. Camilleri y á los socios Sres. Cabrelles, Sanchis Arcés, Ballester, Romero Orozco y Martín Casanova, que constituían la comisión organizadora. — P.



Pantomima ejecutada por dos clowns en la sala de niños enfermos (De fotografías remitidas por el Círculo de Bellas Artes, de Valencia.)



D. Francisco González Díaz, insigne orador y escritor canario, á quien sus paisanos llaman el *apóstol del árbol* por sus brillantes campañas en pro de la repoblación del arbolado en Canarias.

LA CAMPAÑA DEL ARBOLADO

EN CANARIAS. UN APÓSTOL DE LA CULTURA

Problema capital es en las Islas Afortunadas el de la repoblación de los montes, devastados por talas bárbaras y continuas. Mucho tiempo se ha tardado en reconocer este hecho, esta necesidad imperiosa; pero al fin, después de una campaña de muchos años, sostenida con brío é inteligencia admirables por un canario ilustre, verdadero apóstol de la cultura en aquel país, hoy empieza á traducirse en obras la idea lanzada á todos los vientos.

El Sr. González Díaz, el hombre benemérito á quien nos referimos, ha movido la opinión en toda Canarias en favor de la magna empresa. Publicista notabilísimo, ha consagrado una gran parte de sus trabajos periodísticos á convencer á sus paisanos de que les interesaba, antes que todo, la restauración forestal.

Esta tenaz y brillante labor tenía que dar sus frutos, y los ha dado. La característica indolencia isleña ha sido vencida; hoy se plantan árboles allí en todas partes, se cuentan por muchos miles los que en los años últimos se han plantado bajo el constante influjo de la pluma y la palabra de González Díaz, cuyo nombre va unido en Canarias indisolublemente al empeño patriótico de restaurar la espléndida vegetación primitiva. Sus paisanos le llaman *el apóstol del arbolado* y le aclaman

Entre los varios candidatos presentados figura la señora de Curie, la sabia ilustre que con su esposo realizó el descubrimiento del *radium* y que, muerto aquél, pasó á substituirle en su cátedra y ha proseguido sus trabajos de laboratorio, conquistándose fama universal.

Apenas presentada esta candidatura, planteóse de nuevo la cuestión tantas veces suscitada y á petición de varios académicos hubo de someterse á la decisión del Instituto en pleno, es



Las Palmas (Gran Canaria). La fiesta del árbol organizada por «Los amigos de los árboles» Desfile del batallón infantil por la calle del General Bravo. (De fotografías.)

como á gran obrero del progreso de las viejas *Hesperides*. Todos le atribuyen con espíritu justiciero la gloria de haber provocado ese movimiento redentor.

Por iniciativa del Sr. González Díaz se ha fundado en Las Palmas la sociedad «Los Amigos de los Árboles», que celebró recientemente la Fiesta del Arbol en aquella ciudad próspera y bella con un éxito superior á todo encarecimiento. Hoy se hacen preparativos para celebrarla también en todas las poblaciones importantes de las islas, y por dondequiera surgen plantadores entusiastas que se ponen á la obra, llenos de voluntad y de fe. Es un impulso formidable en que se ve la mano de un gran patriota.

decir, á las cinco academias reunidas: la de Inscripciones y Bellas Letras, la de Ciencias Morales, la de Bellas Artes y la Francesa.

La sesión se celebró el día 4 de este mes y la discusión fué reñidísima tomando parte en ella los señores Levasseur, en contra de la elegibilidad, Viollet y Appell en pro, y Poincaré y Betolaud en favor de la independencia de cada una de las academias para que obrasen como creyesen más conveniente á sus intereses respectivos. Al fin fué aprobada una orden del día presentada por el Sr. Betolaud concebida en los siguientes términos:

«La asamblea, consultada sobre la cuestión de la elegibilidad de las mujeres en el Instituto, sin reconocerse el derecho de imponer su decisión á las distintas academias consideradas individualmente, se limita á hacer constar que acerca de esta cuestión, cuyo interés es esencialmente de orden general, existe una tradición inmutable que le parece prudente respetar.»

Es decir, el Instituto reconoce á cada academia el derecho de elegir á las mujeres, pero aconseja que no lo ejerciten y dejen el asunto tal como está.

¿Seguirá la Academia de Ciencias el consejo del Instituto? No parece probable y en los centros científicos parisienses se da por segura la elección de la señora de Curie, que se efectuará en la sesión del día 23 de los corrientes.

El contrincante principal de la señora Curie, el Sr. Branly, es también un físico eminente; á él se debe, entre otros, el invento del aparato que es el órgano esencial de la telegrafía sin hilos, invento que fué premiado por la Academia de Ciencias en 1896. — S.

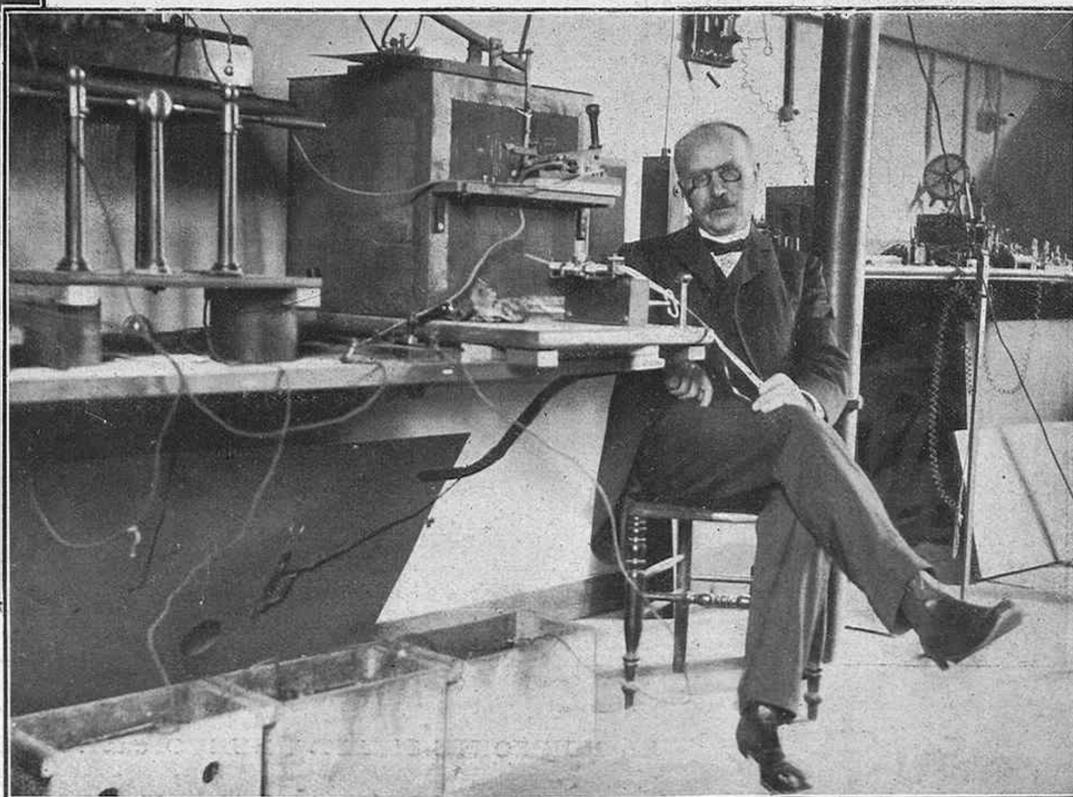
EL FEMINISMO

Y LA ACADEMIA DE FRANCIA

La cuestión de la elegibilidad de las mujeres para formar parte de las academias oficiales, que apasiona desde hace largo tiempo al mundo científico, literario y artístico francés, se ha recrudecido en estos días, revistiendo proporciones extraordinarias, con motivo de la elección para cubrir una vacante en la Academia de Ciencias, la del académico Gernez.



La señora de Curie, candidata á la Academia de Ciencias de Francia



Eduardo Branly, contrincante de la señora de Curie en la candidatura á la Academia de Ciencias de Francia. (De fotografía de Harlingue.)

sanos de que les interesaba, antes que todo, la restauración forestal. Condensó sus salvadoras doctrinas en un libro *Arboles*, elogiado hace años en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por nuestra eximia colaboradora Doña Emilia Pardo Bazán. Orador de altos vuelos y ardiente palabra que subyuga á las multitudes, ha ido de pueblo en pueblo por las islas dando conferencias, pronunciando discursos, predicando el Evangelio del arbolado con una perseverancia de que no hay ejemplo en el archipiélago, ni tal vez en la península.



EL HORIZONTE SIEMPRE NUEVO, cuadro de Sir Lorenzo Alma Tadema

(Copyright by Messrs. Virtue & C.º Londres.)

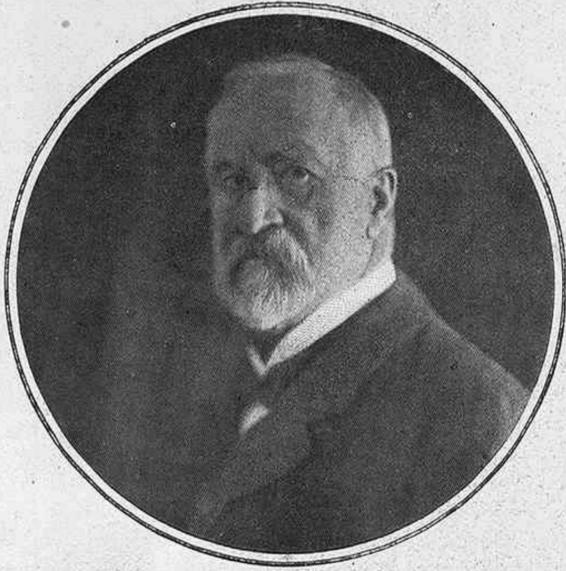


SAGRADA FAMILIA, cuadro de Luis Knaus

(Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.) (Véase la biografía del pintor en la página 54.)

LUIS KNAUS

Este pintor ilustre á quien la muerte sorprendió junto al caballo en que estaba pintando, había nacido en Wiesbaden en 5 de octubre de 1829. Después de haber estudiado durante dos años pintura en su ciudad natal, entró en 1845 en la Academia de Dusseldorf, en donde hubo de someterse á la dirección del omnipotente romántico Schadow; pero apenas hubo dominado los elementos del dibujo y de la pintura, mostrósese verdadero revolucionario en el arte y con su primera obra, *Baile de aldeanos* fundó la oposición contra el romanticismo, en aquella sazón en predicamento. En vano Schadow clamó contra aquel arte naturalista; los clamores del maestro nada pudieron contra el discípulo, cada una de cuyas obras era un golpe de piqueta contra el pedestal del director de la Academia, que, al fin, fué vencido en 1859 por el espíritu innovador.



El eminente pintor alemán Luis Knaus, autor del cuadro *Sagrada Familia* que reproducimos en la página 53. Fallecido en Berlín en 7 de diciembre último.

En 1852 trasladóse á París y tres años después obtenía la medalla de oro de primera clase en la primera Exposición Universal en aquella capital celebrada. En París vivió hasta 1866, sin más interrupción que un viaje de un año que hizo á Italia en 1857, y consiguió por dos veces la primera medalla del Salón. Sus triunfos parisienses fueron coronados con la gran medalla de honor que se le otorgó en la Exposición Universal de 1867.

Desde 1866 hasta 1873 vivió en Dusseldorf, estableciendo luego su residencia definitivamente en Berlín, en donde con sus admirables enseñanzas en la Academia de Bellas Artes, creó una nueva generación de pintores.

Luis Knaus se dedicó especialmente á los cuadros de género, en los cuales hizo gala de un sentimiento y de una espontaneidad exquisitos, de un humorismo sano y de un estudio profundo de la naturaleza y de la vida real, cualidades que supo avalorar con un colorido vigoroso y con un dibujo de corrección sin igual. Dentro de esta especialidad, tomó con predilección sus asuntos de la vida de los campesinos y de los niños.

También pintó retratos, entre los cuales merecen citarse como más notables los de Helmholtz y Mommsen que se admiran en la Galería de Berlín, cuadros religiosos como la bellísima *Sagrada Familia* que en el presente número reproducimos, y lienzos decorativos como un ciclo de estilo Wattean.

En el otoño de 1909 celebró su octogésimo cumpleaños y con

diciendo que su época había pasado y que había entrado ya en su período de decadencia; pero ni aun así consiguió descender del pedestal que en el mundo del arte se le erigiera y su fama universal continuó siendo firme é inmovible. Los pintores alemanes consideráronle hasta su muerte como el maestro que

mado á prevalecer sobre todos los demás deportes al aire libre.

El mismo día comenzó la carrera ciclista «Vuelta de Cataluña» organizada por el Club Deportivo de esta ciudad. La prueba se dividía en tres etapas Barcelona-Tarragona (97 kilóme-



Medalla de la Exposición Nacional Valenciana. (De fotografía de F. Moya.)

les guió y les enseñó nuevos caminos y al morir el gran Adolfo Menzel le nombraron senador honorífico de la Real Academia de Bellas Artes de Berlín, que en Alemania se estima como la más alta recompensa que de manos de artistas puede recibirse.

tros); Tarragona-Lérida (111 kilómetros) y Lérida Barcelona (157 kilómetros) y para ella se inscribieron 40 corredores, de

BARCELONA.—NOTAS DEPORTIVAS

UN GRAN PARTIDO DE «FOOT BALL» — CARRERA CICLISTA

«VUELTA DE CATALUÑA»

El día 6 de los corrientes jugóse en el campo del Club Barcelona un partido de *foot-ball* memorable, el mejor, sin duda alguna, de cuantos se han jugado en esta ciudad. Contendieron en él el club antes mencionado con el bando interclubs de los «United Hospitals» de Londres, formado por médicos escogidos de entre los clubs de los principales hospitales londinenses.

Desde un principio pudo verse la manifiesta superioridad de los ingleses, superioridad no tanto de los jugadores como de la manera de jugar; son rápidos sobre toda ponderación y desarrollan un juego inteligente y matemático y al propio tiempo impetuoso.

Los barceloneses se vieron al pronto sorprendidos por aquel juego, así es que á pesar de estar perfectamente marcados vieron muchas veces imposibilitados de desarrollar su juego y estuvieron casi siempre dominados por sus adversarios.

Esto no obstante, aunque resultaron los nuestros inferiores en cuanto á colocación, velocidad y acometividad, lucharon denodadamente y hubo momentos en que estuvieron admirables ya que no sólo sostuvieron el juego de sus formidables contrarios sino que también, en algunas ocasiones, lograron rebasar sus líneas. Los barceloneses demostraron que no les falta ninguna de las condiciones físico-intelectuales que poseen los jugadores ingleses; lo que necesitan es saberlas aprovechar tan maravillosamente como éstos.

El partido, que ganaron los londinenses por 4 á 0, resultó magnífico. Por ello merece enhorabuena entusiastas el Foot-



El ciclista Sr. Masdeu, del Club Pedal de Tarragona, ganador del primer premio de la carrera «Vuelta de Cataluña». (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

los cuales 34 emprendieron la salida, que se efectuó á las once de la mañana en el viaducto de Doña Elisenda de Moncada, de la vecina villa de Sarriá.

Omitiremos los detalles de la carrera, que resultó en extremo interesante y sumamente difícil en algunos trozos por el mal estado de los caminos, y únicamente diremos que llegaron á Tarragona casi simultáneamente el tarraconense Masdeu y el barcelonés Magdalena, por este mismo orden, y muy cerca de ellos los bilbaínos Blanco y Oca; que salieron al día siguiente de Tarragona 28 corredores llegando á Lérida sucesivamente Ruiz, de Logroño; Blanco, Masdeu, Linares y Magdalena de Barcelona; que de Lérida salieron el día 8 los corredores en número de 26, habiendo llegado al Velódromo de Barcelona en primer lugar y casi al mismo tiempo Masdeu, Blanco y Magdalena.

La clasificación general ha dado los resultados siguientes: primer premio (500 pesetas), Masdeu (15 horas, 33 minutos, 25 segundos); segundo (200 pesetas), Magdalena (15 33 25); tercero (100 pesetas), Blanco (15 48 35); cuarto (50 pesetas), Linares (16-17); quinto (40 pesetas), Borrás (16 48 3); sexto (25 pesetas), Ruiz (16-50 29); séptimo (15 pesetas), Giró (17-13-34); octavo (15 pesetas), Roche (17-18-29); noveno (15 pesetas), Cuesta (17 31-54), y décimo (15 pesetas), Planell (17 40-28).

Además han ganado: Masdeu los premios especiales de la Unión Velocipédica Española, de El Mundo Deportivo y del Sindicato de Iniciativa de Tarragona; Magdalena, el de D. José Banús; Linares, el de la casa Brown Brothers; y Giró los del Gimnasio Solé y de El Sport.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito; en el Liceo *La Wally*, ópera en cuatro actos del maestro Catalani; en el Principal *El daltabaix*, comedia en cuatro actos, arreglo á la escena catalana de *Las de Barranco*, del escritor argentino Sr. Laferrere, hecho por Santiago Rusiñol; en Remea *L'amor vetlla* comedia en tres actos de Gustavo A. Caillavet y Roberto de Fleers, traducida al catalán, y en el Eldorado *Genio y figura* comedia en tres actos de los Sres. García Alvarez y Paso.



Londres.—Equipo interclubs inglés llamado «United Hospitals of London», formado por médicos de los diversos hospitales londinenses y vencedor en el notable partido de *foot-ball* que se jugó el día 6 de los corrientes en el campo del Football Club de Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

este motivo fué objeto de un entusiasta homenaje al que concurrieron artistas de todo el mundo. En aquella ocasión, Knaus, que á sus excepcionales talentos unía una gran modestia, creyó poder substraerse á los honores sin cuento que se le tributaban

ball Club de Barcelona, pues gracias á sus esfuerzos, sacrificios y trabajo los aficionados de esta capital, que son innumerables, han podido hacerse cargo de cómo se juega en Inglaterra ese deporte que tan popular se ha hecho en España y que está lla-

tiago Rusiñol; en Remea *L'amor vetlla* comedia en tres actos de Gustavo A. Caillavet y Roberto de Fleers, traducida al catalán, y en el Eldorado *Genio y figura* comedia en tres actos de los Sres. García Alvarez y Paso.

LO QUE PUEDE EL AMOR

(CONTINUACIÓN)

NOVELA ORIGINAL

DE TERESA KOEHLER

ILUSTRADA POR A. MAS

Y FONDEVILA



Rita se hallaba en el coro con las demás hijas de María

La joven, en cambio, tenía puestos en su primo todo el cariño y todos los anhelos de su alma, que la tía, testaruda como ella sola, se encargaba de mantener vivos á espaldas de Cayetano, pues se le había metido en la cabeza casar á ambos jóvenes. Y así hablaba de este proyecto con la niña como si fuera cosa resuelta y convenida hacía tiempo, aun después de enterarse de las diarias visitas de su hijo á la hacienda de Rita. Creyó prudente la señora no dar importancia alguna á aquellos amoríos de Cayetano, y formó propósito de ignorarlos por completo; pues no había que pensar en un matrimonio tan inconveniente. Pero, lo que por cálculo, disimulaba con su hijo, hacíasele pagar muy caro á Rita en todas las ocasiones que se le presentaban amonestando á la joven con cierto retintín para que no saliera de los límites que correspondían á su posición, ni hiciera caso de los chicoleos ni promesas de los señoritos ricos, que sólo piensan en divertirse, pero nunca en casarse. Viniera al caso ó no viniera, declaraba públicamente que jamás consentiría que Cayetano se uniera con otra mujer que con Silvia; y aun ésta, de carácter tan dulce y considerado para todos, mostrábase con Rita orgullosa y despegada. Rita no se quejaba, pero sentía dolor por aquella hostilidad creciente: disculpaba la actitud de Silvia, pues demasiado conocía ella el motivo en que se fundaba; pero la situación no dejaba de influir mucho en las relaciones de los novios. Rita se mostraba cada vez más retraída con Cayetano; le trataba con frialdad y aspereza, cuando su corazón anhelaba mostrarle todos los tesoros de su cariño; y Cayetano, desesperado, quería poner fin á semejante estado de cosas obteniendo de su madre el consentimiento: la fortuna que le había dejado su padre, bastaba y aun sobraba para vivir cómoda y agradablemente. Pero cuando Cayetano le expuso sus proyectos á Rita, halló en ésta una tenaz oposición, y dieron comienzo los dimes y diretes y las escenas violentas. Él, fuera de sí, le reprochaba su falta de cariño; atribuía su actitud á vanidad ó coquetería; la mortificaba continuamente con sus celos y la privaba así de tomar parte en las fiestas ó distracciones del pueblo, que eran un verdadero martirio para la muchacha. A esto hay que añadir la tristeza que le producía á Rita la quebrantada salud de su padre, quien no había vuelto á levantar cabeza desde que la conducta irreflexiva de su hermano le puso en tan gravísimo aprieto.

* *

Cayetano llegó tarde á su casa aquella noche; tris-

te y caviloso había recorrido el bosque en todas direcciones, buscando inútilmente una salida por donde escapar del atolladero. Y luego, aquella extraña conducta de Rita... ¿Por qué le había prometido ser suya, si no tenía intención de cumplir la promesa? ¿No era él quien más sacrificaba á su cariño, exponiéndose á romper con su madre para siempre? Había estado torpe, muy torpe, como de costumbre... Él debía haber exigido el cumplimiento de la palabra dada, y Rita, al fin, hubiera cedido... Es verdad que nada había adelantado en la conquista de su madre, la cual se mostraba tan intransigente é inflexible como el primer día; y que Rita, á todas las instancias de Cayetano, contestaba invariablemente:

—Sin el consentimiento de tu madre no me caso.

IV

En los montes de Tresviso se notaba un movimiento y una actividad febriles. Un rico banquero francés había comprado las minas abandonadas, para volver á ponerlas en condiciones de explotación. Todo Liébana se congratulaba de tan feliz ocurrencia, que había de ser un nuevo medio de vida, trabajo y prosperidad para la comarca. Con la comisión de ingenieros había llegado también el hijo del banquero propietario, á quien se suponía una riqueza fabulosa. Y, en efecto, á juzgar por los ríos de oro que salían de su bolsillo, la fortuna debía de ser inagotable. El nombre y la firma del papá millonario bastaban para dar á la empresa el empuje y la solidez necesarios, y el afortunado heredero de aquellos millones no tenía otra ocupación que disfrutar de los pingües frutos del trabajo y del genio financiero de su padre. Enrique Boulanger había sido educado en los más aristocráticos colegios de su país; y á pesar de su talento y

de sus buenos propósitos, sólo acabó los estudios de Leyes gracias á los méritos de sus célebres profesores particulares, los cuales no tenían para qué ser exigentes con un alumno que no había de ejercer la carrera en su vida. Hecha la reválida, el papá le dió permiso para divertirse unos cuantos años, antes de interesarle en los negocios de la casa. Enrique pasaba ya de los veinte y era guapo y simpático, aunque en la expresión aburrída y fatigada de su rostro se veía, á tiro de fusil, al calavera. Harto ya de los placeres y diversiones de París, había buscado un poco de variación y de descanso en aquellos agrestes montes de España. La vida de las minas le ofrecía el encanto de la novedad, y su falta de comodidades y su sabor primitivo causaban gratas sensaciones al paladar estragado del joven, recién salido de la mollicie, el lujo y el refinamiento parisiense.

Mientras los señores de la comisión murmuraban de aquella tierra salvaje y sus incultos moradores, sabía dar Enrique un aspecto tan cómico y gracioso á las más desagradables situaciones, que hacía recobrar á los ingenieros su animación y buen humor perdidos. Tenía una verdadera pasión por subir á cazar, en los picos más altos de la sierra, los rebecos, lobos y osos que abundan en aquellas soledades. El joven, acostumbrado á recorrer la menor distancia en los muelles carruajes de su casa, caminaba ahora días seguidos por entre los picachos, refugiándose en la choza de un leñador cuando le sorprendía la noche. Ocurría alguna vez que, calado hasta los huesos por la lluvia, veíase obligado á aceptar las ropas de algún serrano, mientras se secaban las suyas; y, convertido por el traje en uno de ellos, acurrucábase con la familia junto al hogar, y luego ayudaba á preparar la cena, que pagaba espléndidamente y á la que invitaba á todos los de la casa. De ahí que su llegada se saludara siempre con muestras de alegría, y su marcha fuera acompañada de bendiciones. Los pobres le consideraban como maná del cielo, y le agradecían de antemano el convite, sin esperar la invitación. De este modo satisfacían su orgullo y su apetito á la vez.

—¡Qué fácil es contentar á estos infelices!, se decía Enrique contemplando aquellos rostros satisfechos. Antes me costaba montes de oro ver alegres á las personas que me rodeaban; aquí logro este capricho por un puñado de pesetas, y me satisface mucho más.

Por la noche recorría el pueblo, y allí donde se presentaba orgonizábase en seguida un baile; él pagaba la música, y el vino y los cigarrillos para los mozos; obsequiaba á las muchachas con dulces y frutas, y hasta para las viejas había chocolate con bizcochos. En el casino discurría funciones de teatro, y era el

que con más afán restauraba los bastidores carcomidos y dirigía los ensayos. El joven gozaba infinitamente, y parecía que cambiaba con aquel nuevo género de vida. Su habitual expresión de lasitud é indiferencia había desaparecido, y el aire vivificador y el ejercicio habían llevado nueva sangre y nuevo vigor á su cuerpo, prematuramente envejecido. Llegó hasta el punto de interesarse por los asuntos de su padre, visitar las minas y estudiar y discutir los planos con los ingenieros. Tan extraordinaria transformación no pasó inadvertida para el representante del banquero, que se apresuró á comunicarle tan grata nueva. Verdad es que Enrique no se dignaba intervenir directamente en los trabajos, y sólo por dar gusto á unos ojos pedigríes solía molestarse en recomendar á alguno de los mozos, ya para que lo colocaran, ya para que le aumentaran el salario.

Los enfermos le encontraban siempre; eso era ya cosa sabida, pues aliviaba más de un dolor y secaba muchas lágrimas.

—Si yo fuera de los que creen en bendiciones, decía burlonamente, llegaría á ser algún día el hombre más venturoso de la tierra.

..

Llegó la primavera. El sol, con sus suaves caricias, despertaba á las flores de su sueño invernal, convertía las ninfas en aladas mariposas é invitaba á los pajarillos á lanzar sus trinos de amor en los almendros floridos. Celebraba la Iglesia la Resurrección del Señor: después de una semana, transcurrida en la oración y el ayuno, la juventud anhelaba un poco de expansión y alegría.

Enrique había visitado, como los demás, los monumentos; había asistido devotamente á los oficios y procesiones, y se disponía á oír la solemne misa del día de Pascua. Desde su niñez no había visitado ningún templo. Huérfano de madre y entregado á los negligentes cuidados de nodrizas, niñeras y ayas, había repetido maquinalmente las oraciones infantiles que le habían enseñado, pero careció siempre de aquella base religiosa que sólo inculca la buena madre; así es que en el torbellino de su vida pronto olvidó lo poco que había aprendido. Su indiferencia era completa, y solía extrañar que hubiera gentes capaces de discutir sobre cuestiones tan «enrevesadas» como las religiosas. Su opinión era que cada cual creyese lo que le acomodara, y siguiera la religión que mejor le cuadrara. Sin embargo, al entrar en la vida de aquella población, hubo de confesar que para los infelices relegados á la dura y miserable condición de los montes no dejaban de ser beneficiosas unas creencias que prometían consuelo y venturas en otro mundo mejor, y que esta esperanza influía decisivamente en favor del sosiego y dignidad personal, refrenando las pasiones ardientes é impetuosas de aquellos habitantes. Comprendió que muchos odios violentos y no pocos planes de venganza se deshacían como espuma al pie del confesonario, y que alguna que otra navaja permanecía ociosa por el saludable influjo del «No matarás.»

Enrique, en uno de sus paseos por la comarca, había bajado á un extenso valle, y atraído por el tañido de las campanas se había acercado hasta la iglesia parroquial, en cuya entrada bullía toda la juventud de los alrededores, ataviada con sus trapitos de cristianar. En el atrio vió un grupo de muchachos que rodeaba una mesa, á la cual había sentadas tres jóvenes vendiendo papeletas de una rifa. Consistía el premio en dos grandes tortas de almendra y algunas laborcillas de adorno, y presidía la venta de números nuestra bellísima Rita. El producto lo destinaban las hijas de María á restaurar el altar de su santa patrona, y las muchachas parecían muy satisfechas, pues ya se habían vendido, á buen precio, casi todos los números, y el regalo y trasiego de papeletas entre mozas y mozos, daba ocasión á graciosas bromas, comentarios, atrevimientos amorosos y declaraciones largo tiempo contenidas.

—Ahí viene el francés, dijo, en voz baja, una de las de la mesa; ese comprará el resto y lo pagará á peso de oro.

Cayetano, en pie detrás de Rita, parecía seguir con interés las peripecias de la venta. El joven no pertenecía á la misma parroquia que la linda montañesa, y en vez de acompañar á su madre y á Silvia á la iglesia del propio pueblo, como era en ellos antiquísima costumbre, había montado á caballo y se había plantado en la fiesta del pueblo de su novia, fiesta que costeaban las hijas de María y en las que éstas cantaban y hacían la rifa anual. Pero Cayetano, á pesar de su aparente interés, no se cuidaba poco ni mucho del alborozo general. Sus nervios vibraban de cólera y de celos; y si, á duras penas, pudo contenerse un buen rato, aprovechó la primera coyuntura para

decir á Rita, con voz temblorosa y sin que lo advirtieran las otras jóvenes de la mesa:

—¿Por qué te has encargado tú de vender números?.. Te prohibo que sigas vendiendo, y hablando con los muchachos.

Rita le miró llena de asombro, y Cayetano pagó las papeletas á triple precio de su valor.

—¡Anda, levántate de ahí!, dijo Cayetano, ahogado por la ira.

—Esto es para la Virgen, Cayetano, dijo la joven sin moverse, y tú, mejor que nadie, sabes lo mucho que le debo; ¿se te ha olvidado ya? ¿Crees que sólo á ti debo agradecimiento?.. Qué, ¿me has comprado, por ventura?

Rita dejó escapar estas palabras con la cándida ingenuidad de una niña, enojada por la intransigencia y el tono dominante de su novio y sin comprender la ofensa mortal que le infería.

—Es cierto; no te he comprado, rugió Cayetano, pálido como la muerte. Desde este momento eres libre.

La reacción de Rita fué instantánea: hubiera deseado consolarle, explicarle que no había querido ofenderle..., pero Cayetano se alejó de la mesa y fué á apoyarse contra un pilar apartado. La joven sintió como un zarpazo en lo hondo del pecho; su voluntad, su corazón le gritaban que se fuera derechamente á Cayetano; pero la retuvieron en la silla el orgullo, las costumbres del pueblo, la dignidad del cargo que desempeñaba en aquellos momentos. Enrique se acercó á la mesa y compró las papeletas que quedaban, las cuales pagó con una brillante moneda de oro.

—No tengo cambio, dijo Rita confusa.

—Ni yo quiero la vuelta, respondió el joven. Sólo exijo que, si mis billetes son los afortunados, se me permita dar una merienda á la que asistan todas las señoritas del pueblo. Así acabaremos de solemnizar el día.

Dirigió esta inesperada petición á la presidenta; pero las compañeras de ésta se encargaron de responder aceptando con alborozo.

Enrique se quedó suspenso contemplando la singular belleza de Rita, con la cual no podía compararse, ni remotamente, la de ninguna de las mujeres que él había conocido y amado hasta entonces.

Al separarse de la mesa y mientras las vendedoras, concluida ya su misión, abandonaban el atrio, pensaba Enrique:

—Si yo no sintiera tan soberano desprecio por el llamado sexo débil; si no supiera que, más tarde ó mas temprano, todas las mujeres resultan iguales y que eso que llaman «amor» no es más que una quimera ridícula ó una sensiblería de poeta, esta muchacha sería capaz de trastornar todas mis ideas...

Pensando así entró en la iglesia y buscó á la joven con la mirada; pero no pudo dar con ella: Rita se hallaba en el coro con las demás hijas de María. Cantó aquella mañana como no había cantado nunca: su voz suave, flexible, cristalina, parecía un ensueño, y en aquel fervoroso saludo á la Virgen parecía poner la joven todo el dolor, toda la gratitud de su alma. Cayetano, oculto detrás de un pilar, seguía aquel canto con el corazón deshecho; y, al otro lado, saboreaba Enrique las dulcísimas notas con el placer de un consumado músico.

—¡Diablo de muchacha!, mascullaba el francés relamiéndose de gusto. ¿De dónde habrá salido ese ruiñón? ¿Cómo no he descubierto hasta ahora esa maravilla? ¿Y eso que llevo la fama de husmear las *estrellas* ocultas para el mundo del arte, como el perdiguero la caza! ¿Quién será la dueña de ese tesoro enterrado? Quizás la encantadora presidenta de la rifa... Esa mujer no debe seguir vegetando en este rincón, y para mí es un deber sacarla á los cuatro vientos... ¡Y juro que he de sacarla, á fe de Enrique Boulanger!

Concluida la misa, tanto Cayetano como Enrique trataron de obtener una mirada de Rita, que se dirigió á su sitio á presidir la extracción de los números. Cayetano se le acercó, antes de que se sentara y le dijo:

—Rita, me darás una prueba de tu cariño, si te quedas esta tarde en casa... Te lo suplico.

—Me he comprometido á cantar la salve y no puedo faltar, aunque quiera.

—Y ¿asistirás también á esa merienda del francés?

—Ya sabes que soy la presidenta...

—Pues bien, replicó el joven dominando su despecho, ¡que te diviertas! Si acaso me tocara en la rifa alguna de las tortas, ya que al desgraciado en amores le acompaña la suerte en el juego, se la das á los pobres.

Diciendo así arrancó una hoja de su cartera; escribió en ella: «Cedida á los pobres.—Cayetano,» y la alargó á su novia junto con las papeletas. Luego, desató el hermoso bayo que pafaba atado á un pilón cerca del atrio, y, sin mirar á Rita, cuyo rostro se

puso lívido, salió galopando en dirección de su hacienda.

..

Sacadas las boletas, una de las tortas le tocó á Cayetano, y la otra á Enrique Boulanger.

—¿Qué lástima de torta!, exclamaron todos.

—¡Es de los pobres!, gritó Rita.

—Yo la compro, dijo Enrique dirigiéndose á la presidenta: ¿cuánto vale?

—El precio lo han de fijar los dueños...

—Ahí va eso, insistió el joven arrojando sobre la mesa una moneda de oro. ¿O vale más?

—Materialmente no, señor, respondió Rita azorada, pero...

—Esto por el «pero,» añadió el joven colocando una segunda moneda de oro sobre la anterior. Ea, las dos son mías: después del rosario habrá baile y merienda, y espero que las señoritas no falten á la palabra dada...

Rita recogió el producto de la rifa y fué á entregárselo al señor cura, el cual la invitó á su mesa para evitarle la fatigosa caminata hasta la hacienda.

—Si no le molesto á usted acepto, dijo la joven cuando se hubieron ido las compañeras; porque, además, necesito de los consejos de usted, señor cura.

—¡Ah! ¿Sí? Pues, mira, hija mía; ya puedes empezar á hablar: te escucharé mientras tomo el chocolate, porque después no tendré un momento libre...

Rita, sin nombrar á Cayetano para nada, hizo ver al párroco el estado de su espíritu. Le contó sus luchas, sus ansias, sus temores... El anciano la miraba con ojos penetrantes, mientras ella, con los ojos bajos, doblaba y desdoblaba las puntas de su mantilla, como si así se sustrajera al examen atento de aquel excelente padre de almas. Llena de confusión, roja como una amapola, concluyó así:

—Quisiera salir del pueblo, padre; me es imposible soportar esta situación. Necesito instruirme más y ayudar á mi buena madre, que lleva tanta carga encima... ¿Quiere usted ayudarme á realizar mi proyecto?

—¿Desde cuándo sientes ese deseo de salir del pueblo?, preguntó el párroco pensativo. Y ¿qué razón te obliga á alejarte con tanta precipitación?

La joven sólo contestó á la primera pregunta.

—Desde hoy. Ya sabe usted que á papá le ha disgustado siempre que yo interviniera en el servicio de la casa, y tampoco á mí me agrada. De la cocina se encargan mamá y Catalina, y á mí sólo me queda la costura...

—Sí, comprendo: las manos muy ocupadas, y el espíritu y la fantasía libres para vagar á su antojo.

—Justamente, padre; y lo que pienso no es siempre lo mejor... La verdad es que preferiría no pensar en nada.

Y luego añadió ingenuamente:

—¿No le parece á usted que serviría para institutriz en alguna casa buena de la capital? A mi padre, antes de caer enfermo, le encantaba enseñarme; pero desde el último ataque ni se da cuenta de que estamos en el mundo...

Rita estalló en sollozos, y luego, algo calmada, continuó:

—Sé hablar el francés, y tocar medianamente el piano...

—Sí, hija mía, pero ¿sabes también que estarás expuesta á mil peligros, desconociendo, como desconoces, el mundo y sus engaños? ¿Sabes, por ventura, que hay hombres tan ruines que persiguen sin misericordia á las jóvenes indefensas como tú? Esto es una infamia..., pero existe. Además, ¿crees que es tan fácil educar niños mimados, para cuyos defectos nunca halla el cariño de los padres ni la censura ni el castigo merecidos?

El motivo principal, la extraordinaria belleza de la joven, se lo calló prudentemente el buen párroco.

—Pero ya tendremos tiempo de discutir largamente ese plan; por lo pronto y en recompensa de lo bien que has cantado, te regalo este libro, una gramática francesa.

Poco después llamaron al párroco sus feligreses, que no le dejaban un momento tranquilo, y Rita pudo examinar tranquilamente su regalo. El tiempo voló como el pensamiento, y durante la comida, y después de ella, la joven pesó, con el señor cura, los pros y los contras de su proyecto, hasta que fueron á buscarla de parte del organista.

Enrique, mientras esperaba la hora de la comida, había trabado conocimiento con el maestro y organista, el cual le había invitado á subir al coro con los demás cantantes. El maestro se había puesto más ancho que largo con las alabanzas de un señor tan entendido en música como aquel francesito adinerado.

—El coro de hombres es poco nutrido, le dijo el maestro; si usted nos ayudara resultaría mejor.

—Con muchísimo gusto, respondió el joven lleno de gozo; pues la invitación significaba más de lo que él se había atrevido á esperar. Entiendo bastante de música y si usted me permitiera ensayar la salve unas cuantas veces, no le dejaría del todo mal.

—Véngase usted á mi casa, respondió entusiasmado el buen organista; aunque se retrase la función un poco...

—¡Admirable! ¡Magnífico!, exclamó el maestro después del primer ensayo. Usted y Rita harán maravillas... Voy corriendo á buscarla.

No habían transcurrido diez minutos cuando reapareció con la joven, y ésta y Enrique dejaron encantado al maestro.

—¡Qué cosas más extrañas tiene la vida!, pensaba Enrique. Héteme aquí cantando salves con el mayor fervor del mundo, y acompañado de esta flor silvestre, mientras que antes...

Si no hubiera temido asustar al buen maestro y á Rita, Boulanger habría soltado una carcajada; pues en aquel momento acudieron á su memoria las canciones con que en otro tiempo había animado muchas cenas en honor de coristas y bailarinas de su amistad.

—Y diga usted, maestro, ¿por qué no funda usted una sociedad coral? Con estas voces y tan excelentes disposiciones naturales podría usted dar conciertos y funciones soberbias. En la iglesia ya me ha sorprendido la exactitud y afinación de todos...

—Aquí, señor, somos músicos y bailarines por naturaleza, dijo modestamente el organista. De otro modo, ¿cómo iba á resultar lo que resulta? ¡Si yo mismo me asombro de lo que hacemos!

—Pues no eche usted en saco roto la advertencia, insistió Enrique. Ya sabe que le ayudaré cuanto pueda para ponerlo en obra.

Después de la salve acercóse Boulanger á Rita, diciéndole entusiasmado:

—Lo hemos hecho á las mil maravillas, y como el baile salga lo mismo, ya podremos decir que la fiesta de Pascua ha sido completa.

—No entiendo bien lo que quiere usted decir, respondió seriamente la joven; pues yo tengo una idea demasiado grande de esta solemnidad religiosa para atreverme á compararla con un baile ó con una merienda.

—Vaya, no lo tome usted tan á pecho, señorita... Ya sabe usted que por detrás de la cruz anda el diablo; que los principios del bien y del mal están en continuos dimes y diretes, y que, en este país, al lado del templo está la taberna, en donde por un quitame allá esas pajas corre la sangre á mares...

Rita no quiso contestar á lo que le pareció una solemne majadería, y dió media vuelta y fué á mezclarse entre las demás muchachas; y para hacer ver al francés que daba por rota la conversación, se puso á hojear la gramática del señor cura. Enrique entendió muy bien el desaire; pero, como si no hubiera ocurrido nada, continuó, acercándose á la desdenosa:

—¿De modo que piensa usted distraerse leyendo, mientras los demás bailan? ¡Eso sí que no se lo consentiremos! Si acaso, se le permitirá á usted que lea las tres últimas páginas del libro para que se entere de si triunfa el amor ó tiene mal final la novela. ¿Quiere usted que se lo lea?

Diciendo esto le cogió el libro.

—¡Cómo! ¿Qué veo? ¡Una gramática francesa! ¡Cuánto me alegro! La lengua francesa es la de todo el mundo, y tendré un grandísimo placer en ayudar á usted á vencer sus dificultades; pues, añadió con arrogancia, soy, de alma y corazón, francés.

—Pues yo, española, replicó Rita con altanería.

En aquel momento llegaban al lugar de la fiesta nuevos concurrentes, entre ellos Emilia, que, al ver las mesas cubiertas y la animación que reinaba en todas partes dijo á la rubita que la acompañaba:

—¡Qué alegría y qué movimiento! Fíjate, Elsa, en aquellas enormes tortas de almendra... ¡Mira, mira que bien bailan las mozas!

—Oye, Carlos..., murmuró Elsa al oído de su marido. Allí está también Rita... ¿Habrá venido el novio? No lo creo; habla muy animada con un forastero.

—Si Cayetano estuviera aquí, pronto se le acabaría la conversación, gruñó Alfonso contrariado. Me temo que ese francesito va á alborotar á todas las muchachas de Liébana. Es la cabeza más ligera que he visto en mi vida, y lo peor es que no hay modo de enfadarse con él: con su finura y su amabilidad le desarma á uno en seguida... Sabe amoldarse á todos los gustos y á todas las costumbres, al revés de los ingleses que chocan con todo bicho viviente, como nuestros queridos mister James y mister John. Apuesto cualquier cosa á que esta fiesta es obra del francesito: demuestra tener buen gusto y habilidad cuando

acapara de ese modo la flor y nata de la mocería...

En cuanto Rita advirtió la presencia de los recién llegados, dejó á Enrique con la palabra en la boca y se acercó á Elsa, diciendo modestamente:

—¿Me permite usted que le haga compañía, señora?

—Con mucho gusto, respondió la dama afablemente. Por lo visto desea usted escapar de la fastidiosa cortesía de un nuevo adorador...

—¿La ha molestado á usted, Rita?, preguntó Alfonso con gesto de caballero ofendido.

—No, no, contestó la joven asustada: me decía que era muy sensible que mi padre se hubiese retirado tan pronto de la vida de la ciencia, para enterrarse en este rincón de la montaña. Sí, es muy cortés, pero ya estaba deseando quitármelo de encima.

—¡Qué pillo!, pensó Alfonso. Adora el santo por la peana. ¿En dónde averiguará la vida y milagros de todos? Y siguió en voz alta: La verdad es que esto está muy bien, y la gente se divierte...

—En eso consiste la gran filosofía de la vida, dijo Elsa á Rita cuando se quedaron solas. Mire usted qué bien baila Carlos la jota con Emilia... ¿Por qué no baila usted, Rita? ¿Por qué le divierte más ver los rostros cariacontecidos de los que vienen á invitarla y se vuelven con las calabazas en el bolsillo? El francés parece que está desesperado...

Elsa quiso continuar así, en tono de broma; pero al ver la triste mirada de Rita cambió inmediatamente de rumbo y preguntó con interés:

—¿Se encuentra usted mal, Rita? ¿Puedo saber qué es lo que la preocupa? Acaso yo pueda ayudarla, favorecerla... Y sepa usted que lo haría con sumo gusto.

Rita, en vez de contestar, le preguntó á su vez:

—¿Me permite usted que vaya á verla mañana? ¡Estoy tan sola, tan necesitada de una amiga!

—Pero eso se remedia pronto, hija mía: sí, venga usted mañana y veré si logro borrar de esa cabecita unas cuantas preocupaciones.

—Es que, además, tengo otra petición que hacerle...

—¿Qué es ello?, preguntó Elsa creyendo que iría á confiarle sus pesares amorosos.

—Desearía que me enseñara usted el alemán.

—Me parece muy bien; y, en cambio, usted concluirá de enseñarme el español: así nos favorecemos mutuamente.

La música había cesado; las parejas volvían á ocupar sus sitios, y se pensó en merendar. Por deseo expreso de Enrique habían de dirigir el reparto las presidentas de la fiesta; de ese modo quería obligar á Rita á salir del reducto alemán en que se había hecho fuerte. Ya que ésta se empeñaba en aislarse, al francés no le quedaba otro remedio que irse derecho al bulto. Acercóse, pues, á Carlos y le rogó que le presentara á su esposa; y después de dirigir unas cuantas frases de cortesía á Elsa, volvióse hacia Rita diciendo:

—Señorita, me veo precisado á censurar á usted, que no ha contribuido á dar animación á la fiesta, descuidando por completo sus deberes de miembro de la comisión. Usted no baila ni come... Pues bien, por lo menos háganos gozar un poco de su voz admirable. Ruego á todos los presentes que apoyen mi petición, y especialmente al señor maestro, que no tendrá inconveniente en acompañarla.

Rita, indecisa, no sabía qué contestar; pero cuando también Elsa la invitó á complacer á los reunidos, empezó á cantar con la mayor naturalidad. Enrique permaneció al lado de la joven, como embozado; y ella, cuando hubo concluido y mientras todos se hacían lenguas de sus hermosas facultades de artista, acercóse á Elsa, le apretó la mano, con un «Hasta mañana, y dispéñeme usted,» y desapareció rápidamente, antes de que la alemana pudiera contestarle.

En aquel momento, precisamente, se acercaba Carlos á su mujer, acompañado por Cayetano.

—¿Qué has hecho de tu protegida?, preguntó, al ver que no estaba Rita.

—Nos ha abandonado, la picarilla; en cuanto ha acabado su canción no ha habido medio de retenerla.

Diciendo esto, observaba fijamente á Cayetano y á Enrique, en cuyos rostros leyó el desencanto, la contrariedad, la amargura. Cayetano no había podido alejarse después de ofender á Rita, y regresaba á buscar el perdón de la joven. Se iba con la firme resolución de no volver, espoleando el caballo y echando chispas... Poco á poco fué aflojando las riendas, pensando que no era él el ofendido, sino el ofensor..., y que no podía vivir sin su cariño. De pronto, cuando ya llevaba andado más de la mitad del camino, volvió grupas...

Elsa notó en los ojos de Cayetano la misma tristeza que había visto en los de Rita, y su corazón bondadoso la inclinaba á ser la mediadora entre ambos. Con este propósito rogó al joven que se sentara á su

lado y, sin darse por enterada del estado de su ánimo, comenzó á referirle las muchas cosas por que le era tan simpática Rita, que, á pesar de las repetidas invitaciones que le habían hecho para que bailara, ella no había querido separarse de allí ni un instante. Era simpática, muy simpática... Habían quedado en verse al otro día en casa de Elsa, dato que la encantadora rubita hizo conocer á Cayetano con la sanísima intención que se puede suponer.

El rostro del joven se iluminó.

—Me quiere, decía para sí mientras escuchaba á Elsa, me quiere cuando no la han retenido las artes del francés ni ha bailado en toda la tarde...

Este solo pensamiento bastó para que se mostrara risueño y jovial, hasta con el aborrecido Boulanger, que parecía poner empeño en obsequiarle y distinguirlo.

* *

Rita, mientras tanto, corría apresuradamente hacia su casa; se había propuesto no pensar más ni soñar con lo imposible, sino consagrarse por completo á instruirse y llevar á término su plan. ¡Su plan! Esto significaba la desaparición de todos sus ensueños, la muerte de todas sus esperanzas, la renuncia de sí misma. Desde aquel punto y hora tenía que ser otra mujer, y para esto debía hallar el medio de que no gritara su corazón ni desmayara su voluntad ante el continuo acicate del pensamiento; porque ¿cómo matar el pensamiento, que es más tenaz que todas las voluntades? Hasta le daba rabia sentir cómo las lágrimas se atrapelaban por salir á nublarle los ojos...

Al llegar á su casa, Rita cogió un libro, salió al jardín y sentóse á estudiar; pero la imagen de Cayetano bailoteaba entre las líneas, en lo hueco de las letras, desvaneciéndolas, borrándolas, manchando toda la página ó dejándola repentinamente blanca, sin un rasgo, sin una coma, sin un punto... Rita volvía por cuarta ó quinta vez á empezar la lectura del primer párrafo, cuando el rodar de un coche, que vino á pararse á la puerta del jardín, le hizo levantar la vista... Llena de asombro y confusión, vió bajar del carruaje á doña Milagros, la madre de Cayetano, y quiso huir; pero la dama le hizo señas para que se detuviera, y acercándose lentamente, le dijo:

—Deseo que hablemos á solas, aunque no sea más que cinco minutos...

Rita se inclinó é indicó á doña Milagros el camino hacia la salita del piso bajo; pero aquella, deteniéndose, dijo:

—¿No sería mejor que nos quedáramos en este cenador? Supongo que no vendrá nadie á molestarnos.

La joven sin decir una palabra, dirigióse al lugar indicado por la madre de Cayetano, y ésta preguntó secamente, á boca de jarro, sin más cortesías ni miramientos:

—Usted y mi hijo se aman, ¿no es verdad?

Rita no despegó los labios, y la anciana continuó: —¿Cree usted que su cariño pueda compensar la posesión de una fortuna?

—No lo sé, respondió Rita alzando la frente con arrogancia; el amor no hace cálculos... Usted no debe de haber amado nunca, señora.

—Efectivamente, mis sentimientos jamás fueron tomados en cuenta para nada; pero, en cambio, conozco el deber y la abnegación, y éstos me dieron la tranquilidad y me recompensaron luego con el amor maternal..., y fuí feliz.

La joven no supo qué responder á estas palabras de la anciana, que quedó también en silencio. Después de una larga y penosa pausa, añadió doña Milagros afablemente:

—Mire usted, Rita; vengo aquí porque quiero que usted decida, pero no olvide usted lo que voy á decirle. La única aspiración de Cayetano es casarse con usted, y me he propuesto, desde ahora, no oponerme á ello... Pero debo advertir que en virtud del testamento de mi hermano, que murió en América y nos ha dejado una considerable fortuna, mi hijo puede elegir entre casarse con su prima ó renunciar á la herencia, y en este caso pierden todo derecho lo mismo él que Silvia, y el capital pasa entonces á otros sobrinos del muerto. Yo nunca quise revelar á mis hijos esta cláusula condicional del testamento, porque he creído que se querían desde niños y que la unión se realizaría naturalmente con regocijo de todos. Silvia, en efecto, quiere á Cayetano con toda su alma, y á ninguno de ellos he tenido que advertirle hasta ahora lo condicional y forzoso de este enlace.

—Pues siga usted guardando el secreto, dijo Rita con voz firme. Esto es lo más atinado, y ambos sabrán lo que deben hacer.

(Se continuará.)

EL «ROUND» QUE JAMÁS OLVIDARÉ

Continuando la información que comenzamos en el número anterior, publicamos en el presente las respuestas de Tommy Burns, de Jack Johnson y de Sam Langford

RESPUESTA DE TOMMY BURNS

En cierto modo, podría usted creer que el *round* que debería haberme dejado el recuerdo más intenso de mi carrera fué el décimocuarto de mi *match* con Johnson, cuando perdí el campeonato del mundo.

Y sin embargo, no es así, créalo usted, porque no creo que haya sido aquel el asalto más importante de mi record. En efecto, no fué tan animado para mí como el vigésimo de mi *match* con Marvin Hart, en Los Angeles, cuando dominé durante toda la prueba a mi corpulento adversario y obtuve una victoria bien ganada y con ella, por añadidura, el título de campeón del mundo.

Señalo el último *round* de este combate como el más interesante de mi carrera, por la sencilla razón de que considero la conquista del trofeo como el punto culminante de la vida de un boxeador. Indudablemente tenía yo muchos puntos de ventaja cuando dejé mi ángulo para aquel asalto; pero érame preciso evitar por todos los medios posibles perder mi avance sobre mi adversario, no dejando que éste me pusiera *knock-out*. Con muchos pugilistas es esto cosa fácil, sobre todo cuando se posee una ventaja real; pero con Marvin Hart no sucedía lo mismo; no era tan sencillo como «robar a un niño», según frase norteamericana. He de decir a usted que Marvin Hart daba en la balanza un peso de catorce *stones* y seis libras, al paso que yo a duras penas llegaba a doce *stones* y cuatro libras y en cuanto a estatura tenía algunas pulgadas menos que él.

«Lo que tienes que hacer, Tommy, es mantenerte a la defensiva hasta el final», decíame a mí mismo mientras mi adversario se precipitaba sobre mí con la esperanza de terminar el *match* con un *knock-out*.

Y esto es lo que hice y cuando sonó el *time*, sentí la inmensa alegría de oír el veredicto que, al mismo tiempo que proclamaba mi victoria, me adjudicaba el título de campeón del mundo.

Sí, este último *round*, más que ningún otro, como todo buen *sportman* comprenderá, fué el más grato de mi carrera y el que nunca olvidaré; al fin y al cabo no se gana cada día de la sema-



Tommy Burns

Esta fotografía representa a Tommy Burns cuando confirmó su título de campeón del mundo venciendo a Bill Squires, campeón de Australia y *knock-out* en un *round*, en 4 de julio de 1907.

na un campeonato del mundo, ¿no es verdad? Y el lote de las victorias obtenidas antes y después parece muy poca cosa al lado de la que proporciona el trofeo tan celosa y duramente conquistado. Puedo confesar a usted, para terminar, que, en todos los segundos de aquel vigésimo *round* de mi combate con Marvin Hart, trabajé más mi cerebro que mis puños.

TOMMY BURNS

excampeón del mundo de los pesos grandes
campeón del mundo de los pesos grandes ligeros

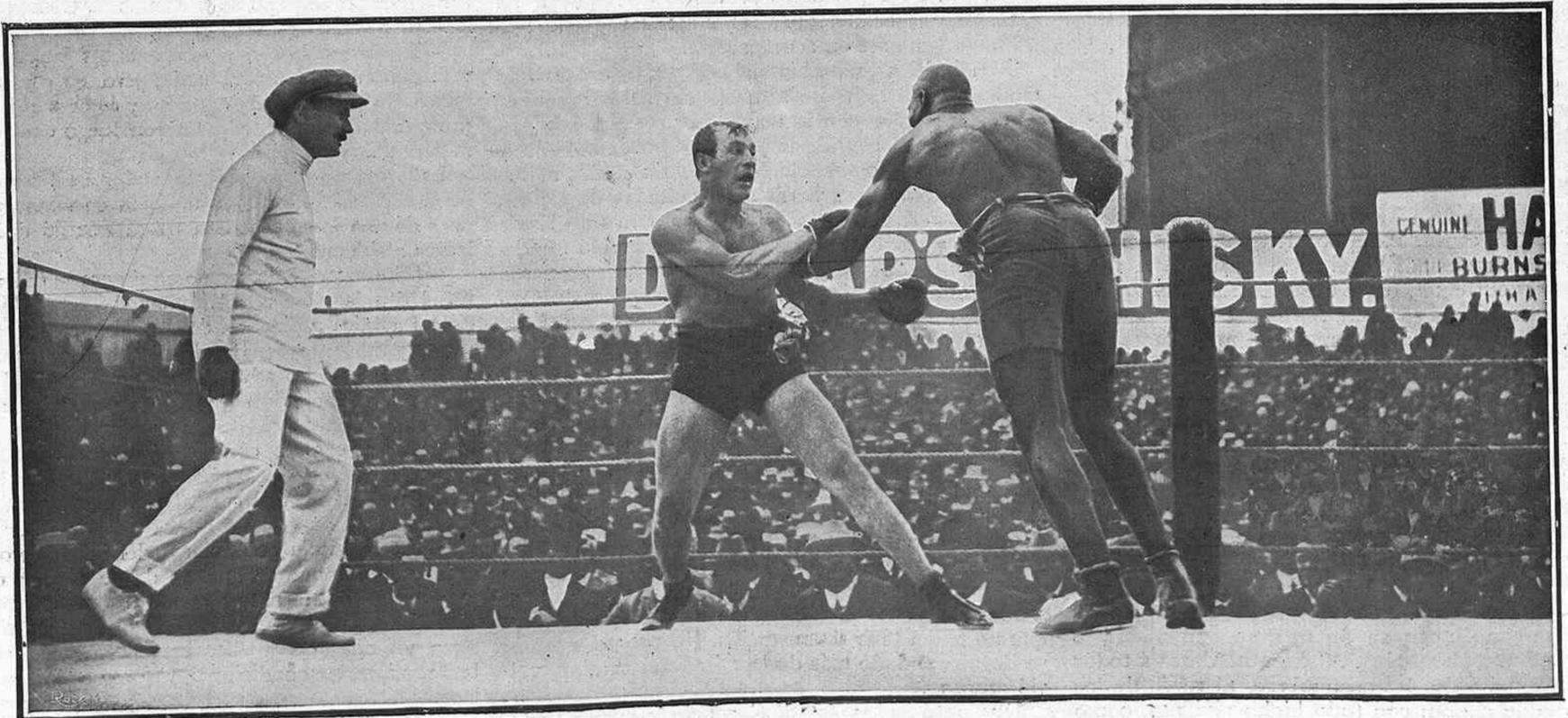
RESPUESTA DE JACK JOHNSON

¿Cuál es el *round* de mi carrera del que me acordaré siempre? Creo que no es muy difícil dar con él y fácilmente puedo contestar a usted. El *round* que más presente tengo en la memoria es el que esperé tanto tiempo, el que quería llevar a cabo y el que durante más de diez y ocho meses creí no poder encontrar. Me refiero a aquél en que derroté y aporreé a Tommy Burns en el estadio de Rusheutter Bay, en Sydney, en 26 de diciembre de 1908.

Había ido yo en seguimiento de «Tahmy» durante una eternidad y recorrido millares de millas para alcanzarle, habiendo pasado de América a Inglaterra y de Inglaterra a Australia. Y fácilmente se comprende la gana que tenía de encontrarme con ese hombre cuando se conoce el resultado del *match* en que luché con él delante de diez y seis mil espectadores.

Hice ciertamente las mayores concesiones: vencedor ó vencido, mi ganancia era de 37.000 francos, mientras que Burns, en caso de vencerme, había de percibir 150.000; por esta diferencia verá usted que uno de los combatientes tenía grandes deseos de habérselas con el otro, y que este uno no era Tahmy. Pero yo daba muy poca importancia al dinero, porque ante todo quería demostrar que no era yo el cobarde que Burns pretendía hacer creer y que mi corazón no era el corazón pusilánime que él suponía.

A nadie en el mundo, sea blanco, sea negro, le gusta que le llamen cobarde, sobre todo si no se encuentra nunca una ocasión para demostrar que se trata de



El «match» Jack Johnson-Tommy Burns

Este *match*, acaso el más importante de nuestra época, es el que permitió a un negro conquistar el título de campeón del mundo. Disputóse el 26 de diciembre de 1908, en Sydney, y habiendo intervenido la policía, la victoria fué adjudicada a Johnson en el décimocuarto *round*.

una odiosa calumnia. Y para dos boxeadores, ¿qué medio mejor que verse frente a frente en el *ring*? Todo esto lo digo para que vea usted si tenía yo deseos de entrar en lucha lo más pronto posible.

La ocasión presentóse rápidamente desde el principio del combate. Tommy, contra su costumbre, no perdió tiempo en estudiar mi juego, sino que se precipitó sobre mí pronto, demasiado pronto, porque en seguida las cosas se volvieron contra él; en efecto, le recibí con un *uppercut* que lo levantó en alto y lo lanzó pesadamente al suelo. De momento consideramos aquel ataque como un golpe de *knock-out*, pero Burns contentóse con esperar el octavo segundo para levantarse después de haberse repuesto un poco. Saltó rápidamente y vino hacia mí para asirse en un *clinch*; entonces luchamos con furor y antes de terminar el *round* conseguí un formidable *hook* después de un cuerpo á cuerpo. Sí, del mismo modo que un buen paquete de billetes de banco es el mejor medio para avanzar por el camino de la existencia, mi primer *round* con Tommy Burns era mi elevación cierta al título de campeón del mundo. Por esto lo considero como el más grato, el más duradero de mi vida, no tanto por el dinero que después me ha proporcionado, como por la venganza que tomé de las injurias borradas á fuerza de puños en la cara de Tahmy. Debo mi victoria á mi comienzo de combate, y esto no lo olvidaré jamás.

JACK JOHNSON

campeón del mundo de los pesos grandes

RESPUESTA

DE SAM LANGFORD

Es cierto que en el boxeo se consigue ganar más fama y más dinero que en ningún otro deporte; pero hay que confesar que no se logra esto siempre fácilmente y que hemos de trabajar mucho para llegar á ser estrellas del *ring*, tanto más cuanto que el valor no basta por sí solo, sino que, además, es preciso obligar á los campeones oficiales á aceptar la lucha, en lo que no todos consienten. Jack Johnson, por ejemplo, posee una destreza admirable para escurrir el

bulto cuando me encuentra en su camino. En 1908 supo evitar el *match* que había de ponernos frente á frente, y esto que había firmado el contrato y que la lucha habría tenido lugar en el National Sporting

con los hombres capaces de vencerle; él se lo echó en cara amargamente á Tommy Burns, pero conmigo sigue la misma conducta que con él siguió el excampeón.

Pero lo que ahora he de explicar á usted es simplemente cuál ha sido el *round* capital de mi existencia, puesto que tal es el enigma que se me plantea y que yo he de resolver.

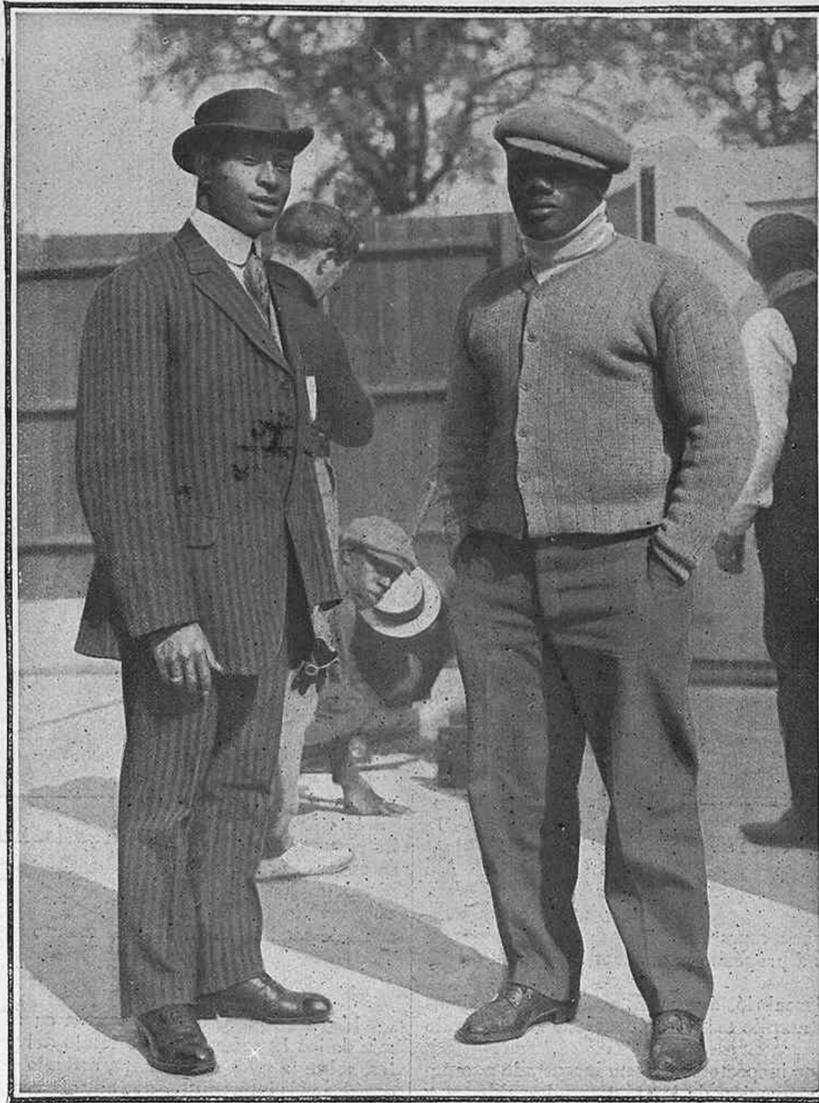
Evidentemente no me siento muy perplejo para contestar y puedo afirmar á usted que ese *round* ha sido la novena acometida de mi primer gran *match*, en que mi adversario era Joe Gans. La razón que me hace escoger este momento con preferencia á cualquier otro es que entonces acumulé tal número de puntos de ventaja, que el árbitro, que más bien vacilaba, decidió inmediatamente inclinar la balanza en mi favor.

Ya ve usted, aunque antes había salido vencedor en varios combates, aquel era el primero realmente importante de mi carrera y de resultar vencedor en él había de hacerme de pronto y definitivamente célebre. Porque en toda existencia, ora se trate de un boxeador, ora de un actor, hay siempre un momento en que la chispa de la fortuna y de la notoriedad viene á iluminar su nombre.

Entre los jugadores, Joe Gans era considerado como fácil vencedor en la lucha, diciéndose de él que tenía una coraza de cobre contra mis golpes; así es que aquéllos habían apostado diez por uno en favor suyo; pero yo trabajé admirablemente y la gloriosa incertidumbre del deporte me permitió seguir mi ruta y ganar el premio.

No parece fácil encontrar un simple *round* cuando se ha tomado parte en 180 *matches*; pero si escojo el noveno de mi *match* con Joe Gans es porque durante el mismo mi maravilloso adversario comenzó á ceder y á verse agobiado por mi alud de puntos. Le obligué á refugiarse alrededor del *ring*, le perseguí sin cesar y era evidente para todos los espectadores, partidarios para todos los espectadores, partidarios de uno ó de otro, que yo había conquistado leal y absolutamente la victoria.

SAM LANGFORD.



Sam Langford

El prodigioso negro que persigue con sus retos á Jack Johnson convencido de que puede vencerle

Club de Londres. De ello deduzco forzosamente que me tiene miedo.

Con este sistema, fácil le es á Johnson conservar su título durante toda su vida si evita encontrarse

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

Escrita por D. FRANCISCO PI y MARGALL

Esta magnífica edición, ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc., se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de **85 pesetas**, pagadas á plazos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS

POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio **310 pesetas** ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á **5 pesetas** uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE DUSSE. 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

MAGNÍFICAS PINTURAS

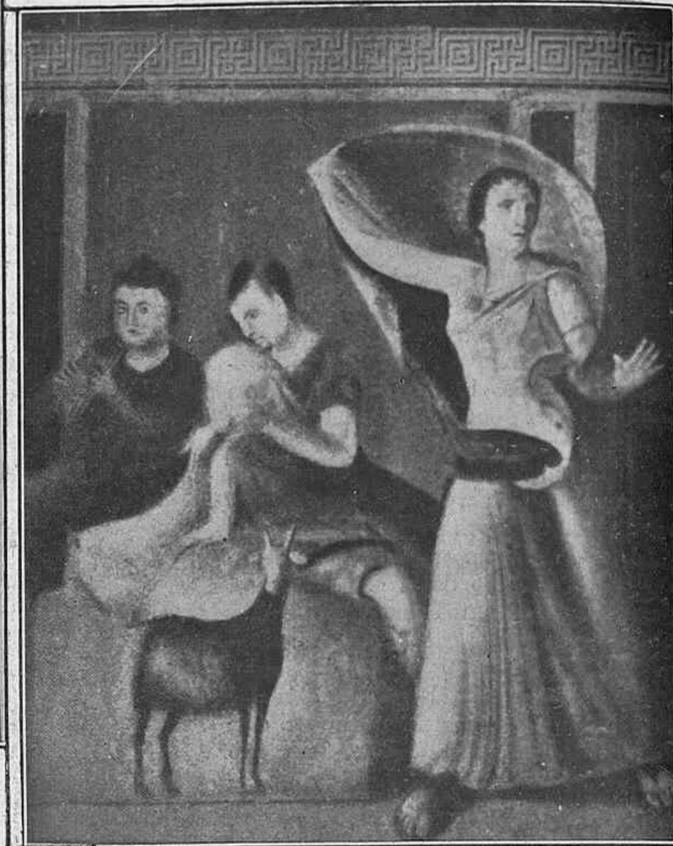


Grupo de mujeres que escuchan la lectura de un discurso por Sileno



Sátiro danzante

DESCUBIERTAS EN POMPEYA



Doncella huyendo de la flagelación de los iniciados en el culto dionisiaco

destinada á restaurar y á este efecto comenzaron por hacer practicar algunas exploraciones en un terreno de su propiedad á fin de escoger el sitio más á propósito para echar los cimientos del proyectado edificio.

Las obras seguían su curso cuando de pronto se descubrió, á poca distancia de los últimos sepulcros situados fuera de la Porta Herculensis un amplio salón espléndidamente decorado con magníficos frescos

El gobierno, informado poco tiempo después por sus inspectores de este inesperado acontecimiento, mandó suspender las obras, cuidó de la conservación de las pinturas descubiertas y como era evidente que se trataba de una villa grande y rica, de la que sólo había sido explorada una parte, discutió á los propietarios del terreno el derecho de proceder á ulteriores excavaciones y envolvió... el descubrimiento en un velo impenetrable, hasta tanto que el tribunal hubiese dictado su sentencia.

Todas mis gestiones cerca de las Excelencias que se han sucedido en el ministerio de Instrucción Pública y del director general de Bellas Artes no consiguieron levantar ni siquiera una

Los dueños del hotel situado cerca de la estación de Pompeya resolvieron, á mediados del año pasado, construir una nueva sala

punta de este velo. Las fotografías de las pinturas tenían en su poder el propio ministro, guardadas en la más inviolable de las arcas de caudales... El descubrimiento se había convertido en un importante secreto de Estado.

Júzguese, pues, de mi sorpresa cuando hace algunos días, en una publicación de la Academia de los Lynceos, leí un artículo del profesor Julio De Petra, exdirector del Museo de Nápoles, sobre la villa descubierta, artículo acompañado de varias ilustraciones, entre las cuales escogí las más interesantes que hoy ofrezco á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dejando la descripción de la villa para cuando pueda visitarla.

Las pinturas más importantes decoraban el comedor (*triclinium*) cubriendo una superficie de diez y nueve metros, y representaban la iniciación de las doncellas en los misterios dionisiacos, en el templo de Baco.

CARLOS ABENIACAR.

(Fotografías remitidas por Carlos Abeniacar.)

"DIANA" Cría y venta de legítimos Perros de raza
Wideburg y C.^a
Eisenberg S.- A. 7, ALEMANIA



Envío de ejemplares de todas las razas, irrepugnables, legítimos, de pura casta, desde el perrito de salón y del perrillo fuldero á los mayores perros ladrones, de guarda y de vigilancia, así como de todas las Razas de caza.

Exportación á todas partes del mundo, en todas las épocas del año, bajo la garantía de que llegarán sanos.

Condiciones ventajosas. Magnífico catálogo ilustrado, con lista de precios y descripción de castas, pesetas 2'50 (se admiten sellos españoles en pago). Lista de precios gratis y franco. Todo en español, francés y alemán.

CABALLOS

Caballos de caza y de carrera ingleses é irlandeses, los mejores en su clase. Durante los últimos años han ganado 114 campeonatos, 890 primeros premios, 440 segundos y 190 terceros. Precios en concurso abierto. Dirigirse personalmente ó por escrito á J. H. Stoker, Kether House, Great Bowden, Market Harborough, Inglaterra.

(N.)

Se desean representantes para la venta de preparados de Ciencias físicas y naturales (material de enseñanza para escuelas, etc.)

LUIS BUCHHOLD
München (Munich) 39, Tizianstrasse, 22.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Union des Fabricants y la Firma DELABARRE

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUGE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

LA VIDA SOCIAL

Reglas de etiqueta y cortesía en todos los actos de la vida por la Marquesa de l'Isle

Un elegante tomo de 350 páginas lujosamente encuadernado.—Edición publicada por la casa de D. Marcelino Bordoy de Barcelona. Precio: 8 pesetas